

APOCALIPSIS

Introducción

En lo que respecta a Pedro y a Pablo, contamos con la autoridad de las Escrituras para considerarlos apóstoles de la circuncisión y de la incircuncisión, respectivamente. Pedro y los doce permanecieron en Jerusalén cuando los discípulos se dispersaron, y continuando la obra de Cristo en el remanente israelita, reunieron una asamblea en la tierra, la oveja perdida de la casa de Israel. Dios se ocupó de preservar la unidad. Pablo, tras recibir el ministerio de la iglesia, así como del Evangelio a toda criatura debajo del cielo, sienta las bases como el sabio perito constructor que era. Pedro nos describe como peregrinos en el viaje en pos del Cristo resucitado, hasta que alcancemos nuestra herencia en lo alto. Al exponer por entero su doctrina, Pablo nos muestra a los santos sentados en los lugares celestiales, herederos de todo lo que Cristo heredaría. Todo esto era dispensacional y estaba lleno de enseñanza. Sin embargo, Juan ocupa un lugar distinto. No se ocupa de las dispensaciones, aunque establezca una o dos veces este hecho (Jn 13:1; 14:1; 17:24; 20:17) ni habla del traslado de los santos al cielo, ni tampoco del Señor resucitado. Para él, Jesús es una Persona divina, el Verbo encarnado que manifiesta a Dios y al Padre, la vida eterna que bajó a la tierra. Las epístolas juaninas tratan la cuestión de nuestra participación en esta vida y sus detalles.

Al final del Evangelio, después de revelarles el envío del Consolador en el momento que ocurra su partida, Jesús descubre ante los discípulos, de manera misteriosa, la continuación de los tratos de Dios con la tierra, de los cuales Juan es ministro y representante, y vincula la epifanía de Su primera venida con Su manifestación en la segunda venida. La persona de Cristo y la vida eterna en él son la seguridad permanente y la simiente viva de Dios cuando a nivel dispensacional todo está corrompido, manga por hombro y en estado de ruina. Pese a que todo el mundo manifestaba desorden en el testimonio, la vida eterna continuaba siendo la misma.

La destrucción de Jerusalén supuso una época trascendental en cuanto a estas cosas, porque la asamblea judía, creada en Pentecostés, había cesado (ya había pasado antes) mediante un acto judicial. Los cristianos habían sido advertidos para que abandonasen el campamento, pues acabó por abrirse una brecha entre el cristianismo y el judaísmo. Cristo no podía seguir considerando la asamblea, establecida sobre el remanente de los judíos, su sede de autoridad terrenal⁴⁹. Pero, como había formulado Pablo, esta cayó de su primer estado y de ningún modo podía recuperar ya la herencia perdida de Israel. Todos buscaban lo suyo, dice, no las cosas de Jesucristo. Toda su gente en Asia (Éfeso, principalmente, que formaba el amado escenario donde escucharon la palabra de Dios), le había abandonado. Los que habían sido llevados de un modo especial y totalmente consciente al terreno de la asamblea, no se mantuvieron en él por el poder de la fe. De hecho, el misterio de iniquidad estaba ya en marcha, y debía continuar y desarrollarse hasta que un obstáculo, tras quitarse del medio, diera paso a la apostasía final.

Aquí, en este estado de declive y ruina universal, entra el ministerio juanino. Había estabilidad en la persona de Cristo, primero para la obtención de la vida eterna, pero también para que pudieran exhibirse los caminos de Dios en la tierra. Si la asamblea fue vomitada de Su boca, él era el testigo fiel, el comienzo de la creación de Dios. Permítasenos recuperar estas citas de su evangelio. En el capítulo 20 del evangelio de Juan, como sabréis, tenemos la imagen de estos caminos a partir del momento de la resurrección, hasta llegar al remanente israelita de los últimos tiempos representado por la mirada de Tomás sobre el Traspasado, a quien quiere ver antes para poder creer. En Jn 21 tenemos, además del remanente, la reunión milenaria. Luego,

⁴⁹ Es lo que dice de manera rotunda Hechos 3, donde los líderes judíos rechazan el testimonio de un Cristo glorificado que iba a volver una vez que hubieron despreciado al Humillado. Hechos 7, por boca de Esteban, cierra los tratos divinos con la nación, y comienza la reunión celestial tras ser recibido en lo alto su espíritu. La destrucción de Jerusalén clausuró la historia judía por medio del juicio.

al final del capítulo, se indica el ministerio especial de Pedro y Juan, aunque de manera misteriosa. Las ovejas de la circuncisión son confiadas a Pedro, pero este ministerio debía terminar como el de Jesús. La asamblea no se establecería en su terreno, ni tampoco la nación israelita. No había aquí tardanza de la vuelta de Cristo. El ministerio de Pedro, de hecho, concluyó, y la asamblea de la circuncisión fue dejada sin pastor antes de que el asedio de Jerusalén pusiera definitivamente fin a toda esta conexión. Pedro pregunta al respecto de Juan. El Señor le responde misteriosamente, como si no fuera con Él, pues no concernía a Pedro conocer los términos del ministerio juanino, que posiblemente se prolongaría hasta que él volviera. Ahora bien, el Esposo se demoraba, pero el servicio y el ministerio de Juan por medio de la palabra (que era todo cuanto debía quedar, sin mediar otros apóstoles) continuarían hasta su regreso.

Juan no era un maestro de obras como Pablo, no se le había encomendado ninguna dispensación. Su rol era para con la estructura de la asamblea, como Pedro, no con la iglesia celestial de Efesios; no era ministro de la circuncisión, sino el continuador del sistema terrenal entre los gentiles en adhesión a la persona de Cristo. Su especial misión consistía en dar testimonio de la Persona que vino a la tierra con un título divino y un poder sobre toda carne. Esto no rompía los vínculos con Israel, como el ministerio paulino, sino que robustecía la argamasa que lo unía todo a Cristo hasta cotas inimaginables, en tiempos o poderes ocultos. No excluía a Israel, sino que ensanchaba la esfera del ejercicio del poder cristiano para establecerlo al fin en el mundo, sin ubicar su origen en Israel, aunque hubiera podido hacerlo desde una fuente celestial de poder.

¿Qué lugar ocupa la asamblea en el ministerio de Juan, como la vemos en Apocalipsis? Ninguno en su carácter paulino, salvo en una expresión que aparece después del cierre de su revelación indicando el lugar que le pertenece en la ausencia cristiana. Tenemos a los santos en su relación consciente con Cristo y también con el lugar real de sacerdocio de su Dios y Padre, donde permanecen asociados con él. Pero el testimonio ministerial de Juan, en cuanto a la asamblea, considera las cosas desde una perspectiva terrenal externa, y la contempla en su estado ruinoso⁵⁰. Cristo la está juzgando. La verdadera iglesia, la capital y sede del gobierno divino en el mundo, surge al final con gloria y gozando de la gracia. Es la morada donde Dios y el Cordero habitan. Todo esto facilita nuestra comprensión del objeto e importancia del libro. La asamblea ha fracasado; los gentiles, injertados por la fe, no han permanecido en la bondad de Dios. La asamblea de Éfeso, vaso inteligente y expresión de la Iglesia, dejó su primer estado y, a menos que se arrepintiera, quitarían su candelabro. El Éfeso de Pablo se convierte en testigo de su propia decadencia y desaparición de ante la mirada divina, como lo fueron los israelitas. La paciencia de Dios se demostraría también con la iglesia, que no mantendría el testimonio mejor que Israel. Juan sí lo mantendrá, juzgando con su ministerio y la palabra a las asambleas⁵¹, y más adelante lo hará Cristo desde Su trono, hasta que venga al mundo a recuperar su gran poder para reinar. Durante esta transición a la entronización, se ven a los santos celestiales en lo alto. Cuando vuelve, ellos le acompañan.

La primera parte de las epístolas de Juan es la continuación, digamos, del Evangelio antes de los dos últimos capítulos dispensacionales; el Apocalipsis, el desarrollo de estos dos capítulos (caps. 20 y 21), donde tras resucitar Cristo y no haber ascensión, los tratos de Su dispensación

⁵⁰ Y, por tanto, el de las asambleas unitarias, que por supuesto podían ser juzgadas y quitadas. No dudo de la historia íntegra de la iglesia hasta su final, explicada con hechos que no prorrogasen la venida del Señor. Las vírgenes que se duermen son las mismas que se despiertan; los siervos que reciben los talentos, los mismos que dan cuentas al regreso del Señor, aunque hayan sucedido los siglos y la muerte.

⁵¹ Este principio tiene suma importancia: la iglesia es juzgada por la palabra, no es la juez, y al cristiano se le advierte de que haga caso de este juicio. La iglesia no puede tener autoridad cuando el Señor me habla y tengo oídos para oír, escuchar y recibir el juicio que pronuncia sobre ella. Juzgo su estado por las palabras del Espíritu, estoy obligado a hacerlo; así, la iglesia no puede ejercer sobre mí ninguna autoridad de parte del Señor en su estado. No es cuestión de disciplina, sino que ejerza algún tipo de autoridad.

se insinúan en su mayor parte por las circunstancias que acontecen, al tiempo que vemos que él no pudo establecer personalmente el reino en aquel momento. Primero debía ascender. Las dos breves epístolas nos muestran que la verdad, en cuanto a su Persona, era la prueba del verdadero amor (del que no había que soltarse cuando hiciera mella lo anticristiano), y la libertad de su ministerio para mantenerse firmes contra la supuesta autoridad eclesiástica o clerical, en contraste con la asamblea. El apóstol había escrito a la iglesia. Diótrefes, en cambio, rechazó gratuitamente su ministerio.

Capítulo 1

Apocalipsis es la revelación correspondiente a Jesucristo, la que Dios dio a su Hijo, y así se lo expresa a Juan. Aunque Dios sea eternamente bendito por encima de todo, aquí se le ve como Hijo del hombre, Mesías o Cordero rechazado, cabeza de todas las cosas. Que la revelación sea confiada a él supone un hecho importante, porque enseguida la convierte en el testimonio de Jesús y de la palabra divina que él nos comunica. Aquel toma forma de visión para Juan, que testificó de todo lo que vio. Tiene un carácter profético, no que el Espíritu divino fuera su mensajero, de parte paterna, de la gracia del Hijo a la asamblea —y su inspiración directa, por lo que significaba y el lugar que esta ocupaba—, sino una revelación al apóstol acerca de lo que la iglesia era en el mundo, y sobre el mundo en sí.

A la asamblea, que ya estaba en un estado ruinoso y a punto de ser eliminada (se prolongara o no el tiempo de la gracia), se le acababa el tiempo, por lo que su rechazo debía considerarse su punto de partida. Iba a configurarse otro sistema. El apóstol no tiene el rostro vuelto hacia las iglesias, sino que está dándoles la espalda. La finalidad del Espíritu es que Cristo, que seguía entre ellos como Hijo del hombre —característica con la que juzga y hereda el mundo—, tome el reino. El apóstol se da la vuelta y le ve. Era conveniente que, si tenía que relatar el futuro juicio del mundo, partiera de «las cosas que son». Al verlas simbolizadas en siete iglesias contemporáneas, el tiempo no contaba, sino que se aproximaba el cómputo final de los últimos días, lo que ofrecía la oportunidad, si se retrasaba el Señor, de representar una imagen moral completa de la historia de la iglesia. Veo en esto la sabiduría del Espíritu, exactamente el carácter del ministerio juanino: «si quiero que él quede hasta que yo venga...».

No tengo la mínima duda de que aunque en realidad sean de aplicación universal para cada cual que tiene oído, y no un mensaje a la conciencia general de la asamblea, las siete iglesias representan la historia de la cristiandad, de la responsabilidad humana en su seno, el hecho de que el mundo es juzgado y que su juicio acontece tras su final —las iglesias nos hablan de «las cosas que son»—; la evolución de los incipientes sucesos cuando la asamblea deja su primer amor, que transcurren durante su posterior nueva adhesión a Jesús, hasta que él regresa y terminan con la expectoración de su boca; la adopción del número siete, que no significa a la vez algo completo, pues se trata de distintos estados; la referencia a la venida de Cristo, y, en la carta a Filadelfia, a la gran tribulación que vendrá sobre toda la tierra; el claro objeto de advertir a la asamblea hasta el regreso de Jesús, cuando el mundo vaya a ser escenario de su juicio... Todo ello no arroja sombra de duda al concluir que las siete iglesias son fases sucesivas de la historia de la asamblea profesante, aunque no exactamente consecutivas (la cuarta llega hasta el fin, y después aparecen nuevas fases que continúan también de forma colateral hasta el final).

Aunque la asamblea salga aquí a colación por todo lo referido antes, Dios figura como el administrador del mundo, incluso cuando se dirige a ella, y Cristo como hombre que, a este propósito, se sujeta a su mandato, siendo el Espíritu el agente directo que ejerce el poder en esta séptuple perfección. No son el Padre ni el Hijo, sino Dios quien, no obstante, engloba el pasado y el futuro en su Ser sin contradecirse nunca, y cumple en el tiempo todo lo que anunció en el pasado. La forma de expresarlo es bastante especial. No se trata simplemente de una idea abstracta de Jehová, de quien fue, es o está a punto de venir. Se le anuncia, en primer lugar, por su absoluta y presente existencia, el YO SOY, Dios en realidad, para acto seguido plasmar sus

anteriores pactos —no las relaciones del tiempo presente— cuando se declara que es Aquel que fue y que era, quien también se reveló a los Abrahames y a los Moiseses de antaño y vendría a cumplir todo lo que había sido revelado hasta aquel instante y tenía que ver consigo mismo. Jesucristo viene, en última instancia, como el Hombre en inmediata relación con el testimonio divino y el gobierno de la tierra, presentado como el testigo fiel de Dios (lo fue en el mundo) y el resucitado de entre los muertos, sin mencionar su ascensión ni señorío sobre la asamblea, en la función de asumir todo según este carácter, no el de la carne, y por último oficiar en un gobierno aún no establecido como el Príncipe de los reyes de la tierra.

Los santos expresan su conocimiento de lo que él ha hecho por ellos en relación con el reino, en cuanto a los gozos celestiales, no como cuerpo o Esposa, sino del modo más exaltado posible en lo referente a la gloria y el lugar que han recibido. Es la consecuencia inevitable de conocer una relación cercana y bendita. Aparte de la gloria de Aquel con el que tenemos relación, se trata de lo que él significa para uno, de su cercanía, de lo que acude a la mente cuando la gloria es celebrada. Si un general marcha triunfante por una ciudad, la reacción de su hijo o esposa al verle será «ahí va mi padre..., ahí mi esposo...». Sin embargo, este sentimiento es más desdibujado aquí: «al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre». Se festeja su amor por nosotros, aun con el sentimiento personal circunscrito en un grupo. Los santos saben lo que ha hecho por ellos y en qué los ha transformado, por añadidura. Su amor es perfecto. Rey y sacerdote son sus rasgos más elevados, de una intimidad mediante un poder descendente, y de proximidad a él por un poder que asciende a lo alto. Nos ha hecho reyes y sacerdotes para su Dios y Padre, ¡a él sea la gloria! Esto es lo que piensan los santos cuando se habla de Cristo. Él nos amó, lavó y nos ofreció un lugar a su lado. Surge la respuesta del corazón en el instante en que se pronuncia su nombre, y antes de cualquier tipo de comunicación. Que él ha hecho esto no es lo anunciado, sino el conocimiento que tienen de ello los santos.

Por lo que se refiere al resto de cosas, vamos a decir todo lo que ocurrirá. Lo primero, Su aparición en el mundo. No hay comunicación directa a la asamblea, el libro no trata de eso. Aquí, la iglesia solo tiene su conocimiento, como acabamos de leer. «Mirad que viene con las nubes; todo ojo lo verá, y también los que lo traspasaron, y todas las familias de la tierra llorarán a causa de él».

Vemos lo que es tan habitual en Juan, la confusión en la que incurre a la hora de mencionar los nombres de Dios y de Cristo. En el versículo 8 no puede verse que sean el uno o el otro, pero se trata de Cristo, Jehová Todopoderoso, el Señor, el que es, era y ha de venir, el primero y el último (cap. 22:12-13).

Así pues, tenemos a los santos de esos días y a Cristo apareciendo para juzgar; él es Dios, el primero y el último, el Alfa y la Omega, un círculo completo que se cierra con esta posición asignada en tiempos de Juan y hasta el fin. La posición que ocupa el apóstol al lado de todos los santos es la del «reino y paciencia de Jesucristo». Él pertenece al reino, pero debe esperar mientras Cristo aguarda a que sus enemigos caigan al estrado de sus pies. El nombre genérico que se da al testimonio es aplicable a su ministerio, así como a la profecía: la palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Lógico es pensar que la profecía no terminara con esto, pues no se destinaba a la asamblea de parte de la Cabeza. El Espíritu de profecía es el testimonio de Jesús.

He aquí la introducción al libro. Veamos ahora su contenido. Juan estaba en el Espíritu en el día del Señor. Pero, como cristiano, es de su lugar y privilegio de lo que se habla, no del periodo profético al que fue introducido. Cuando se reunían los cristianos en el día de la resurrección, el primer día de la semana, el apóstol, alejado de su compañía, gozaba especialmente del poder exaltador del Espíritu Santo pese a encontrarse solo, y así, utilizado por Dios es desterrado a este propósito, para la tarea que en condiciones normales Él no hubiera podido comunicar a la asamblea para edificarla. El emperador hostigador poco pensaba en lo que nos estaba legando cuando deportó al apóstol; no más de lo que Augusto sabía, con su política del censo imperial, cuando envió a un pobre carpintero con su desposada a Belén, donde Cristo nació; o los judíos y los soldados de Pilatos, que mandaron al ladrón de la cruz al cielo cuando le quebraron las piernas con su malévolos respeto por las supersticiones y ordenanzas. Los caminos de Dios

discurren detrás de cada escena que él promueve. Tenemos que asumirlo y dejar que obre, sin pensar demasiado en los impulsos que se adueñan de los hombres: ellos cumplirán con los divinos. El resto perece y desaparece. Solo tiene que cumplirse en paz su voluntad.

La misma voz que más tarde llamó a Juan al cielo, la escucha ahora detrás de él: la voz del Hijo del hombre. Llama poderosamente su atención y, al volverse para ver de quién se trata, como hiciera Moisés en la zarza, no ve la imagen de la presencia de Dios en Israel, sino los vasos de su luz en la tierra, un resumen completo de todo y, en medio de ello, al Hijo del hombre. Tenemos en el Apocalipsis la historia del mundo, de lo que contiene y es divino, desde el primer declive de la asamblea hasta los nuevos cielos y tierra nueva. Pero era imposible para Dios olvidar la expectativa de Cristo o justificar a la asamblea en su pensamiento descuidado, y, al fin, pecaminoso (mi Señor tarda en venir). Igual que en este relato —sobre todo de la asamblea—, se nos ofrece su historia de un modo que deja al margen el cómputo temporal. Se visiona la evolución moral de la asamblea con imágenes del estado de las iglesias que existían y que son seleccionadas para este fin, comenzando con su menoscabo y terminando con su completo rechazo. Al ser tomadas como ejemplos, su principio de responsabilidad salta a la vista. No se contempla a la asamblea como el cuerpo infalible y bendito de Cristo, sino como uno que puede ser rechazado y anulado, lo cual era perfectamente posible tanto para una organización local como para toda la iglesia.

Se ve a estas asambleas como diferentes portadoras de luz, acometiendo su servicio en su posición de testimonio al mundo. Se las considera desde su peculiar punto de vista establecidas por Dios en la tierra; son candelabros de oro. Él puede quitarlos si dan una luz mortecina o apagan este testimonio, pero lo que puede quitarse se había originado en rectitud y lo instituyó al principio la mano divina.

El Espíritu se ocupa, en primer lugar, del carácter del que caminaba entre las iglesias. Tenemos la posición que ocupa en ese momento antes de ser descrito. Estaba colocado en el centro como Hijo del hombre, no como Cabeza del único cuerpo, ni siquiera como intercesor celestial; tampoco vemos al Mesías, por supuesto —el carácter judío del Señor—. Fijaos en que estas son solo características alusivas al primer capítulo del Evangelio de Juan. El apóstol ve a Cristo en el amplio espectro en que se le estableció sobre todas las obras de la mano de Dios, por toda justicia heredero de las promesas y de los propósitos divinos para los hombres. Su vestido llega hasta los pies, y tiene el cinto de la justicia divina ceñido al pecho. Este es el carácter del Hijo del hombre.

Tenemos, pues, sus cualidades o atributos. En segundo lugar, él es el Anciano de días. Su figura surge por primera vez en Daniel. El Hijo del hombre es llevado hasta el Anciano de días, pero, a medida que avanza el capítulo, es el Anciano de días quien viene. El Hijo del hombre es Jehová; esto distingue al testimonio. Cuando él aparece, vemos que es Rey de reyes y Señor de señores, en cuya gloria posee los atributos del juicio, unos ojos de fuego penetrantes (el fuego es señal del juicio). Su carácter es profundo y escrutador; lleva en los pies la marca del rigor con que fue quitado el pecado, pues el bronce es la justicia, no para acercarse a Dios, sino para tratar con el hombre responsable. El propiciatorio era de oro, el altar y la fuente, de bronce, pero había un altar que trataba con el pecado en representación del hombre, un sacrificio, aunque aquí hubiera fuego y aparezca el horno ardiente del juicio. La voz era señal de poder y majestad.

Acto seguido, está su supremacía oficial. Él sostenía en su mano derecha toda la autoridad subordinada a la luz y a un orden, aquí en relación especialmente con la asamblea. Tenía el poder de juzgar por la palabra, y autoridad suprema en la plenitud de su elevado esplendor (el sol). Tenemos su gloria personal como Jehová, sus cualidades de juez divino y una posición oficial suprema. Pero no lo era menos como Redentor, el gentil guardián que bendecía a los que eran suyos. Juan —como es habitual en una visión profética de Jehová (aquí no sale el Espíritu de adopción)— cae a sus pies como muerto, igual que Daniel, y lo mismo que Isaías en espíritu; pero Su poder sostiene al santo, no le destruye. Pone Su diestra sobre el hombro del apóstol, dándose a conocer como Jehová, el primero y el último, el que murió por amor y que tiene total dominio sobre el Hades y la muerte, y el que nos libra de ella. Ha resucitado de la muerte y del

infierno, tiene sus llaves, poder divino absoluto sobre ambos. Murió y resucitó para vivir eternamente como hombre, no simplemente con el poder de su vida divina, sino con el de la victoria sobre todo lo que sujetaba a la humanidad al pecado y la enfermedad.

Esta es la posición que él toma aquí respecto a Juan, su siervo, y con las asambleas. El estado de estas iglesias pone de relieve otras características conocidas solo por el ojo fino de la fe, lo que Juan había visto e iba a referir. Luego, en cuanto a los hechos proféticos, debía escribir las cosas que eran, el estado de estas asambleas establecidas en la historia como la suma de los distintos estadios de la Iglesia, lo que había de llegar y le afectaría cuando concluyera su carrera. Toda la carrera de la Iglesia transcurre, para el Espíritu, en un presente, el de las cosas que son. El futuro vendrá después: los tratos divinos con el mundo. Mientras que esto aplazaba la venida del Señor y situaba dentro de una expectativa inmediata los eventos proféticos, trasladaba su demora, si la había (y, de hecho, la hubo) a un periodo indefinido, pero la expectativa, aunque se prolongara, seguía siendo actual.

Decimos que tenemos la gloria personal de Cristo, la posición relativa a las asambleas que van en su acompañamiento. Él no se revela personalmente como Hijo del hombre, es decir, tomando dicho lugar, solo nos da a entender que el Anciano de días es el único con derecho a él, pues era el Hijo del hombre. En lo sucesivo, no vemos su carácter personal e inherente, sino uno relativo al lugar que ocupa. Se nos ofrece algo similar cuando el apóstol pasa a relatar las cosas futuras. En cuanto al mundo, Cristo surge como el Cordero que han rechazado, pero con sus derechos de redención. Se le ve con siete cuernos y siete ojos, que hablan de su poder sobre la tierra, como el que definen aquí las siete estrellas. Son las cosas que Juan veía.

Ahora pasamos a las cosas que son. Cristo tiene las estrellas en su mano. Camina en medio de las asambleas, portadoras de la luz y establecidas en una posición determinada ante Dios, y así las vemos, no en qué se convirtieron, sino lo que significan a sus ojos, al igual que Israel por mucho que se hubieran convertido en un despojo. Las estrellas las sostiene Cristo para dar luz y transmitir autoridad, y de un modo inapelable para el fin que se propone. Es, en cierto sentido, todo lo que compone el conjunto, y así lo confirman los mensajes a las asambleas, más a quienes son especialmente responsables de la relación que sostienen con Dios: las estrellas en Su mano. Tienen que dar brillo y ejercer su influencia, representarle cada cual desde el lugar que ocupan mientras dura la noche. Que el clero se apropió poco a poco de esta posición y asumió, en este sentido, cargos de responsabilidad, es totalmente cierto, pero les incumbe a ellos responder ante el Señor. El Espíritu no lo ve de distinta manera. Ellos, en cambio, lo consideran un honor que han adquirido. Si alguna vez fueron llamados ángeles, evidentemente debía de tratarse de un supuesto fuera de lugar. Una vez más, no se puede dudar de que había líderes, ancianos y otra clase de personas que detentaban un cargo de responsabilidad, suponiendo que con razón lo fueran. El cap. 20 de Hechos así los considera, pero el Espíritu no los reconoce aquí. Cristo no se dirige a ancianos ni al concepto moderno de obispos, que entonces no existía. Tampoco los mensajes hablan de diócesis⁵². No hay en las escrituras referencia alguna a la autoridad de los ancianos —que han existido siempre—, por lo que este pasaje no puede aplicarse a los humanos planes de hoy.

¿Quién es, pues, el ángel? No es un símbolo propiamente dicho. La estrella sí lo es, y la vemos en la mano de Cristo. El ángel —la Biblia no compara su figura con la de un mensajero celestial o terrenal—, es el representante místico de alguien que no vemos. Mencionan esta figura Jehová, los niños pequeños y el bueno de Pedro.

Puede que los ancianos hayan tenido algún tipo de responsabilidad en sus puestos, pero el ángel representa la asamblea, especialmente a quienes Dios ve en la cercanía con Cristo y en la comunión con él, por la operación de Su Espíritu en el servicio, preocupándose por su estado. Sin duda, toda ella es responsable, y el candelabro se quita cuando la infidelidad hace mella. Aun

⁵² Salvo en algunas partes del mundo, donde los obispos lo son de una ciudad, lo que demuestra que las diócesis fueron ideadas con arreglo a este fin. Los ángeles no eran amos de la sinagoga.

así, Él mantiene una comunicación inmediata al respecto con ellos, un pensamiento solemne para todos los que de corazón desean el bien de la Iglesia.

La forma en que se identifican los ángeles y las asambleas, y cualquier distinción de su grado o forma, precisa un poco más de detalle. Que las asambleas son interpeladas en su responsabilidad en los mensajes dirigidos a los ángeles, es evidente porque así lo expresa el versículo «lo que el Espíritu dice a las iglesias». No se trata de ningún mensaje privado a una autoridad personal, como a Tito o Timoteo, sino de una comunicación a las asambleas, puesto que el ángel representa su responsabilidad. Así, vemos partes distintas y destacadas en las iglesias: «el diablo echará a algunos de vosotros a la cárcel»; «no temas nada de lo que vas a padecer...»; «pero tengo algunas cosas contra ti...»; «mi fiel mártir, que fue muerto entre vosotros... pero a ti te digo, como al resto en Tiatira (el que lea, entienda)». Sin embargo, el ángel y la asamblea —o candelabro— se diferencian claramente: «quitaré tu candelero de su lugar»; «tú toleras a esa mujer Jezabel...».

Esta distinción entre el ángel y la asamblea no aparece en las últimas tres iglesias. El ángel recibe el mensaje en todas y cada una de estas. Se les dice que Cristo tiene las siete estrellas, pero no que estén en su mano derecha. En Esmirna y Filadelfia no vemos ningún juicio cuando pasaron por pruebas debidas a su fidelidad, y fueron alentados. En cuanto a los juicios o amenazas de advertencia: a Éfeso, que presenta la primera evidencia del declive de la asamblea, se le advierte que se le quitará el candelabro, a menos que se arrepienta. Que no lo hizo lo sabemos por las escrituras, así como los resultados al contemplar su evolución en la historia. En Pérgamo y Tiatira, los culpables son juzgados por hechos y obras, y en el caso de Tiatira recaen juicios temibles sobre Jezabel y cuantos se juntan con ella, dado que había tenido tiempo de arrepentirse y no lo hizo; aquí se espera que cambie todo a la venida del Señor. Todo ello nos muestra a los ángeles como representantes de las asambleas a un nivel moral; las advertencias que Cristo lanza —como deducimos por el verdadero interés mostrado por la asamblea— a quienes confió el testimonio, para que se identificaran hasta tal punto con las iglesias para entender que incumbía a todos sus componentes, mientras se formulaban sobre los culpables juicios personalizados.

Capítulo 2

Comenzamos la serie de estas iglesias tan particulares en relación con la estructura del libro. No entraremos en los detalles de su enseñanza, los cuales refiero aparte en una serie de conferencias.

El primer hecho destacable es que la asamblea está sujeta en este mundo al juicio divino y a existir en su posición ante Dios como portadora de luz. Segundo, que se la juzga cuando abandona la energía espiritual que adquirió al principio, un precepto realmente importante. Dios ha establecido la asamblea como verdadero testigo de lo que manifestó en Jesús, de su revelación, ahora que él ha marchado a lo alto. Si no cumple esta función, se convierte en un testigo falso y se la sitúa al margen. Dios es paciente con ella, y la ha bendecido siempre. Puede proponerle que regrese a su primer amor, y de hecho se lo propone, pero si esto no ocurre quita su candelabro y la asamblea deja de ser la portadora de luz en el mundo. Para no empañar la gloria divina y falsear la verdad, tiene que mantenerse en su primer estado, de modo que la criatura responsable es apartada para tal fin. Pero ninguna criatura que se precie puede mantenerse en él a menos que sea sostenida. Por lo tanto, en todo fracasa y es juzgada, salvo por lo que hay en ella del Hijo de Dios, el segundo Hombre. Éfeso hizo bien al mantener esta coherencia, pero su abnegación y pensamientos únicos acerca de Cristo —los primeros frutos de la gracia— ya no estaban ahí. Como he dicho anteriormente, realizó obras de verdadero valor, esfuerzo y constancia, pero la fe, la esperanza y el amor desaparecieron junto con toda su energía. Habían rechazado también la pretensión de los falsos maestros, trabajando sin desmayo. Todo lo que puede decirse de esta iglesia es que demostraron su amor por Cristo, que

él no los olvidaba, ni tampoco el bien que hicieron. Aun así, le abandonan, y esto, a menos que se arrepientan y vuelvan a las primeras obras, supone la pérdida del candelabro.

Encontramos aquí otro principio importante, que cuando la asamblea se apartó de la fidelidad y dejó de expresar colectivamente el amor con el que Dios visitó al mundo, él hace que los individuos regresen a Su palabra y se la apliquen: «el que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». La asamblea es juzgada; por consiguiente, no puede ser garante de la fe. El individuo está llamado a escuchar lo que dice el Espíritu. La advertencia de quitar el candelabro es digna de toda consideración, dado que había muchas cosas que el Señor aprobaba con creces (se lo había demostrado, y eso los animó), pero a pesar de todo, si se iba el primer amor, el candelabro también.

El carácter de Cristo y las promesas son generales, puesto que la asamblea moldea todo el principio sobre el que está establecida. Cristo tiene las estrellas en Su mano derecha y se mueve entre los candelabros. No es un carácter especial que se aplica a un estado particular, sino relevante de su posición en medio de las asambleas. A la asamblea que se considera que dejó su primer amor, nunca se le promete nada. No puede guiar a un creyente en cuanto al juicio y a la reprobación se refiere. La promesa al vencedor es a título individual, una promesa general, la que sienta un contraste con la ruina de Adán, aunque de manera superior a la del gozo del bien que este perdió. El que venza comerá del árbol de la vida; no del árbol de la vida en el paraíso del hombre, sino en el paraíso de Dios. Hay que destacar también que no se trata de hacer como Adán, conservar de forma individual ese primer estado, sino de vencerlo. Y lo que tenemos para vencer ante nosotros no es solo el mundo y su hostilidad, por real que sea, sino el paisaje que ofrece la propia asamblea. Es una llamada a escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias, como ocasión favorable para vencer. Esto, con respecto a la afirmación de que la asamblea sea oidora, es una verdad sumamente importante. El mensaje va dirigido a ella, no a las personas, se le advierte del incumplimiento de sus obligaciones, y al santo se le insta a vencer de forma personal.

Las palabras a Esmirna son breves. Comoquiera que Satanás ejerza su maldad y poder, lo consigue en el peor de los casos con todo el arrojado de la muerte. Cristo es el Primero y el Último, está más allá de la muerte y antes de ella. Más aún, él la conoció y experimentó su poder. Los santos no habían de temer. Satanás haría su trabajo y se le permitiría remover el tamiz para llevarlos a prisión. Todo cuanto quedaba fuera de su campo de acción era de Cristo, y de él recibirían la corona de la vida. Solo debían permanecer fieles, para llegado el momento familiarizarse con sus extremos. La tribulación, la pobreza, el desprecio de los que pretendidamente afirmaban tener, como pueblo, el derecho legítimo a la herencia de Dios — perseguidores siempre, judíos o cristianos—, eran la porción que se llevaría la asamblea. Sin embargo, Dios toleraba estas circunstancias. Trató con verdadera misericordia a una iglesia en caída libre. La esperanza de los santos se hallaba lejos de conseguirlo, cuando Cristo les estaba dando esa corona. Esto provocó que la asamblea, que se deslizaba hacia el mundo, o estaba a punto de hacerlo de manera inconsciente tras abandonar a su primer amor, comprendiera que este lugar era terreno de Satanás y no de descanso para los santos. Pero si el Señor quería, limitaría su sufrimiento. Todo estaba en sus manos. No solo había la corona para los que sufrían, sino que quien vencía tenía su porción asegurada. La muerte ocasionada por el juicio, la segunda muerte, no le lastimaría.

Vamos a profundizar un poco más con Pérgamo. Cristo aparece con la espada de dos filos de la palabra que sale de su boca. Observad que en Esmirna y Pérgamo se aplica un carácter especial de Cristo a un estado también especial. No se dice nada genérico en cuanto a la asamblea. En Éfeso, le vemos como juez en medio de los candelabros y la asamblea recibe la amenaza de ser retirada de su lugar de testimonio. La posición del Señor en Tiatira es de Hijo de Dios sobre su casa y, como las cosas han empeorado para esta iglesia, se revela como juez sagaz e inamovible que promete al vencedor la plena bendición del nuevo estado de cosas. En Pérgamo volvemos a ver la fidelidad de Esmirna: el nombre de Cristo y la fe eran retenidos a pesar de la persecución. Difiere de Filadelfia no en que retuviera la palabra de la paciencia de

Cristo (que la asamblea, en su estado de Pérgamo, no hizo), sino que se mantuvo firme confesándole en la persecución. Sin embargo, entró otro tipo de mal: la seducción del desvío hacia los caminos del mundo por la mala enseñanza. La doctrina de Balaam estaba en la iglesia, inundándola con su idolatría. También había sectas en su seno que enseñaban a fingir la santidad y a persistir en el mal. El Señor juzgaría estas cosas.

Quitar el candelabro de Pérgamo, como afirmación general, no tiene aquí sentido, como sí lo tiene pedirle a la asamblea que guarde su primer amor; ni tampoco el juicio inexorable porque se haya desviado, pero había gente corrupta que hacía que los siervos de Cristo cometieran idolatría y practicasen el mal. La aprobación individual de Cristo, la comunión con él en la susodicha bendición del futuro —en espíritu, en el presente— con un humillado y rechazado (lo cual ya no era así para la asamblea), un nombre ofrecido por él y, por tanto, de gesto amable por su parte, un vínculo conocido por quien lo poseía...; en suma, la asociación y bendición particulares de una deliciosa y secreta felicidad eran la promesa al vencedor cuando la corrupción avanzaba sin poner aún trabas a la asamblea.

En Tiatira, la asamblea llega hasta el fin. Se reconocía en ella un creciente afecto por Cristo entre este estado de cosas. Pero Jezabel tenía carta blanca con su conexión con el mundo, su idolatría y los hijos que engendró en la iglesia. Todo sería juzgado, sobrevendría a Jezabel gran tribulación y sus hijos serían unos cadáveres. Cristo escudriña el corazón y las entrañas, emitiendo el juicio con una justicia inmutable. Los fieles de esta época, el «tú» al que él se refiere, no son más que un remanente de una especial y efervescente devoción, según vemos aquí, por lo que las asambleas significan para Cristo. No se menciona lo que Jezabel hizo a los fieles. La venida del Señor es el tiempo esperado, y se promete toda la bendición milenaria a los que venzan para que reinen con Cristo, la Estrella de la mañana. «El que tenga oídos» sigue ahora a la victoria, no en relación con la asamblea, sino con quienes vencen dentro de ella. Es lo que caracteriza a su estado. Tiatira podrá continuar hasta el final, pero no representa el testimonio divino ulterior. Tienen que aparecer otro tipo de condiciones para que esto ocurra. Se trata, no tengo duda, del papismo de la Edad Media que llega hasta la Reforma, aunque el catolicismo continúa hasta el final. El juicio sobre Jezabel es definitivo y acontece al fin. El Señor le había dado la oportunidad de arrepentirse, pero no lo hizo. La asamblea formalizaría su unión forzosa con aquellos a los que una vez causó la ruina. Su carácter adolece del juicio escrutador que la naturaleza y los requerimientos de Dios consideran oportuno; la tribulación y el juicio reciben aquí un enfoque especial, no así la bendición, la porción general de los santos por lo que tienen de Cristo, pues el abandono y el juicio eran totales: había adulterio, no meramente un fracaso del primer amor.

Capítulo 3

Hemos visto en Tiatira su final a la venida del Señor. Con Sardis comienza una fase colateral de la historia de la iglesia. A excepción de poseer las siete estrellas, ninguno de los rasgos eclesiásticos de Cristo, que observamos cuando camina entre las asambleas, salen aquí. De todos modos, percibimos su conjunto. Tras mencionar la venida del Señor, todos los rasgos cristianos apuntan a lo que él obtendrá en el reino. Aquí sigue teniendo las siete estrellas, la autoridad suprema sobre la asamblea. No hay nada de peculiar en ella. Él mantiene autoridad sobre todo y en relativamente todo. Es con este carácter que se relaciona con Sardis. Cristo tiene los siete espíritus, la plenitud de la perfección con la que gobernará la tierra. Por consiguiente, es competente para bendecir en la asamblea, aunque no exista una relación eclesiástica de forma. El Señor y la plenitud del Espíritu tienen poder sobre todas las cosas, y ambos obran a la perfección. Se trate de una u otra iglesia, él es todo esto para ellas. Un gran consuelo. La Iglesia no puede fracasar en el lugar del testimonio porque carezca de la plenitud de Su gracia. Tampoco puede él fallar a quien tiene oídos para oír.

La asamblea en dicho estado demostraba estar alejada de estos recursos. De hecho, tenía nombre de estar viva y se daba aires de superioridad respecto al mal de Tiatira. No albergaba a ninguna Jezabel ni corrupción, pero estaba casi muerta. Delante de Dios no había integridad en sus obras, que no eran malas, pero carecían de fuerza espiritual. Esto provocó que sus integrantes profanaran sus ropas en el mundo. Se le instó a que recordara no sus primeras obras, sino lo que había recibido y oído, la verdad que se le confió, el Evangelio y la palabra de Dios, de lo contrario sería tratada como el resto. El Señor vendría como un ladrón (su venida está más presente que nunca).

No se le amenaza con quitarle el candelabro, eso era un asunto ya resuelto. Se había pronunciado el juicio y se había determinado dejarla al margen, pero la masa de profesantes sería tratada como el mundo, no a la manera eclesiástica, sino como cuerpo corrupto (cf 1Ts 5). Sin embargo, algunos habían preservado su dignidad y serían aceptados para que caminasen junto a Cristo por haber practicado la justicia. Esta era otra de las promesas. Habían confesado su nombre ante los hombres, y él confesaría los suyos delante de Dios cuando la asamblea nominal fuera tratada sin el mínimo respeto. Eran verdaderos cristianos en medio de una profesión mundana, y sus nombres, de aciago recuerdo en la tierra, no serían borrados del registro, sino rectificados sin falta por el juicio celestial. Se ha dicho que, al presentar estos versículos la venida del Señor, la advertencia dirigida a los que tienen oídos para oír viene después de distinguir a los vencedores del resto. Al que se tiene en cuenta es el remanente. No dudo de que aquí tenemos el protestantismo.

La asamblea de Filadelfia presenta un carácter peculiar e interesante. No se dice nada sobre sus obras, sino que Cristo las conoce. Pero lo más sorprendente es que está asociada con él de un modo particular. Igual que en las iglesias finales (Sardis y Laodicea), no vemos los rasgos de un Cristo caminando en medio de ellas, excepto aquello que la fe reconoce en él de manera especial cuando la organización eclesiástica se transforma en un lecho de corrupción. Aquí vemos Su carácter personal, lo que él es de un modo intrínseco, santo y verdadero, lo que la palabra exhibe y exige, lo que la palabra de Dios es: carácter moral y fidelidad. De hecho, este último término lo engloba todo: la fidelidad a Dios dentro y fuera, según lo que está revelado, para cumplir todo lo que él ha declarado.

Cristo es conocido como el Santo. Las asociaciones o pretensiones eclesiásticas no sirven de nada. Debe existir algo que se adapte a Su naturaleza, una conexión leal con la Palabra que sin duda resulte para bien. Con esto él tiene la administración de las cosas: abre y ningún hombre cierra, y cierra y ningún hombre abre. Mirad su senda terrenal, cuando entonces dependía de la gracia, igual que nosotros. Fue santo y verdadero, con poca fuerza a ojos de los hombres, obedeciendo la palabra y viviendo de la que salía de los labios de Dios, en confiada esperanza depositada en el Señor, y a él abrió la puerta el portero. Vivió como rechazado los últimos días de una dispensación y, en opinión de todos, fracasó el éxito de sus relaciones con aquellos que decían que eran judíos pero eran sinagoga de Satanás. De estos santos filadelfianos dice que transitan por un camino como el suyo, que guardan Su palabra, que tienen poca fuerza, pero, aunque no los caracterice la energía paulina del Espíritu, no niegan Su nombre. He aquí el carácter y motivo de su conducta. Confiesan abiertamente que guardan la palabra y no niegan el nombre del Señor. Parece poco, pero en medio de una decadencia universal, de pretensiones y reivindicaciones eclesiásticas, muchos se apartan de los razonamientos humanos para mantener la palabra de Aquel que es santo y verdadero, y no la niegan. El nombre lo es todo.

Y este elemento se nota. Cristo, el Santo y verdadero, está esperando. En la tierra esperó pacientemente en Jehová. Es el carácter de una fe perfeccionada. La fe presenta un doble aspecto: una fuerza vencedora, y la paciencia que espera y confía en Dios (cf He 11:23-34; v 8-22). Esta clase de paciencia es la que vemos aquí.

Pero en cuanto a estas cualidades sustantivas de guardar la palabra y no negar el nombre de Cristo —ni que fuera con poca fuerza—, frente a la pretensión eclesiástica de una religión sucesoria que estableció Dios, se ofrecieron unas promesas. El Señor obligaría a estos arrogantes pretendientes a la sucesión teológica a reconocer que había amado a los que guardaban su

palabra. Una puerta se abría y nadie podía cerrarla, como el portero se la abrió a Jesús para que escribas, fariseos y sacerdotes no pudieran atrancarla. En un futuro tendrían que humillarse, reconocer que quienes iban en pos de la palabra del Santo y el Verdadero eran aquellos que él había amado. Mientras, su aprobación era suficiente. Esta era la prueba de fe, estar satisfechos con Su aceptación, contentos con la autoridad de Su palabra.

Pero también había una promesa respecto a los juicios del Señor sobre la tierra. Cristo está esperando hasta que sus enemigos estén al estrado de sus pies. Debemos esperarlo también, cuando el mundo será enderezado. Continuar por donde el dios de este siglo se sale con la suya imponiendo límites a los actos divinos, y creer que es bueno respetar sus derechos, es olvidar la cruz y a Cristo. Por otro lado, no podemos acceder a nuestros derechos antes que el Señor posea los suyos, puesto que no tenemos otros. La justicia fue transgredida en el juicio de Pilatos al Justo, y todavía no se la ha restaurado. Hasta que esto no suceda, Cristo está esperando a la diestra divina; y nosotros aguardamos, no martirizados ni perseguidos como los esmirnianos. Quizá sea una tarea harto difícil, pero que en cualquiera de los casos hemos de respetar: ser pacientes y conformarnos con la aprobación de Cristo, cumplir su palabra y no negarle el nombre.

Había otras razones para sentirse animados. Vendría la hora de la tentación para probar a los que vivían en esta esfera terrenal y se sentían formando parte de su conjunto. Algunos podrían ser perdonados y salir victoriosos del juicio, pero los que guardaban la palabra de la paciencia de Cristo se ahorrarían esta tribulación. Sobrevendría a todo el mundo, pero ¿dónde estarán ellos en realidad? Fuera del mundo. No pertenecían a la tierra, pese a hallarse dentro de su dominio. Habían estado esperando a que Cristo tomara su poder, a la hora en que recuperase el dominio mundial. Pertenecían al cielo, al que estaba allí, y serían llevados con él cuando el mundo tuviera que pasar por esta terrible prueba. Había un tiempo especial de espera antes de la jura de su poder; no solo reinarían con él como resultado, sino que iban a ser preservados de esa hora, y en los días de su padecimiento contaban ya con esta garantía. Por eso el Señor les indica su venida como esperanza, no como advertencia de que el arrepentido sería tratado como el mundo cuando apareciera. Él llegaba en breve, debían procurar la corona reteniendo lo que tenían, débiles como eran, pero espiritualmente asociados con el Señor para que nadie se la quitara.

La promesa de los lugares celestiales viene representada por una especial asociación con Cristo. Los vencedores son reconocidos públicamente por lo que al parecer nunca poseyeron en la tierra. Otros tenían la pretensión de ser el pueblo y la ciudad de Dios, poseer un título religioso divino; estos, en cambio, fueron coherentes con Su palabra y esperaron a Cristo. Cuando él tome el poder y estas cosas sean una realidad, tendrán este lugar que Dios ha dispuesto para ellos. Aquí, fueron la cruz y su vituperio; arriba, el reflejo del nombre divino y de la ciudad celestial.

Examinemos la promesa a los vencedores. Los que tienen poca fuerza son un pilar en el templo de Dios, bendecidos por él. Tal vez los consideraran fuera de la unidad y del orden eclesiásticos, pero formaban una columna en el cielo, de donde ya no van a salir. Sobre ellos, de quienes se dice que no han tenido apenas parte en la gracia, han estampado el nombre de su Salvador rechazado en pública gloria. Los que a duras penas se consideraban dignos de pertenecer a la ciudad santa, llevan escrito su nombre celestial y el nombre nuevo de Cristo. Pese a ser desconocidos para los profetas y los judíos, él, en cambio, los ha tenido muertos al mundo —donde la falsa iglesia echó raíces— y los eleva a la dignidad de la gloria celestial. La meticolosa asociación con Cristo es sorprendente, lo que ratifica el carácter de la promesa: «el templo de mi Dios», «el nombre de mi Dios», «la ciudad de mi Dios», «mi nombre nuevo»... Asociados con la paciencia de Cristo, él les proporciona lo que los une de lleno en la bendición recíproca, y a nosotros esto también nos alienta.

Laodicea viene a continuación. La tibieza caracteriza al último estado de la asamblea profesante. Es nauseabunda para Cristo y provoca el vómito de su boca. Esto no se debía a una mera falta de poder, sino de corazón, el peor de todos los males. Esta advertencia es perentoria, no condicional, y acarrea un inevitable rechazo. Con esta falta de corazón hacia Cristo y su

servicio, pretendían poseer muchos recursos y habilidades («yo soy rico»), mientras la verdad era que no tenían nada cristiano. Esta asamblea se considera rica sin Cristo, sin poseer las riquezas de la fe del alma. Por tanto, les aconseja que compren de él la auténtica y reconocida justicia, ropa para su desnudez moral, y aquello que podía proporcionarles un ojo espiritual, porque eran en realidad —en lo que respecta a los dones de Cristo— pobres, desnudos y miserables, con tanta más razón por cuanto no veían. He aquí el juicio sobre sus pretendidas adquisiciones en pos de los hombres. Sin embargo, mientras subsista la asamblea, él continúa tratándola con gracia, se detiene a su puerta y llama, añadiendo la presión más insistente para que le reciban en conciencia. Si alguien dentro del sistema que iba a ser expectorado escuchaba su voz y le abría, sería admitido y él le daría una parte en el reino.

No tenemos aquí su venida ni que juzgue a ninguna Jezabel. Esto corresponde a Babilonia, que es juzgada antes de que él regrese. A esta otra iglesia, en cambio, se la vomita de la boca de Cristo y se la desecha por inútil, y por otra parte él juzga al cuerpo de profesantes igual que al mundo. La venida del Señor en Tiatira es a por los santos, también en Filadelfia, en sus aspectos eclesiásticos, nada más. Sardis queda reducida, si no se arrepiente, a una condición mundana, y así se la juzga. Cuando llega el estado laodiceano, la asamblea es repudiada y expectorada por Cristo, pero para eso no es necesario esperar a su venida. Aunque Tiatira llega hasta el final y cierra la historia eclesiástica, solo en las tres primeras asambleas se trata en la Iglesia, como conjunto, el tema del arrepentimiento. En Tiatira se dio la oportunidad a Jezabel de arrepentirse, cuya escena debe concluir y ser reemplazada por el reino. En este sentido, las últimas cuatro asambleas discurren juntas, para las cuales no hay esperanza de arrepentimiento ni restauración posible. A Sardis se le pide guardar lo que tiene y arrepentirse, acordarse de lo que había recibido, pues si no velaba sería tratada como el mundo. Como hemos visto, la exhortación a oír va destinada a los vencedores tras la promesa.

No debe pasarse por alto el carácter de Cristo en relación con esta asamblea, dado que manifiesta, de forma superior a ella, el avance de diversos de sus estados ante Su autoridad sobre el mundo. Cristo viene de forma personal a tomar lo que la asamblea ha dejado de ser. Él es el Amén, el que cumple y hace verdaderas todas las promesas, el fiel testigo revelador de Dios y de la verdad (la asamblea ha fracasado en hacerlo), el principio de la creación de Dios, amo de todo, gloria y testimonio de lo que hay de divino en la iglesia, que debió manifestar el poder de la nueva creación por medio del Espíritu Santo. Si alguien estaba en Cristo, era una nueva criatura, con lo cual todas las cosas eran de Dios. Como primicias, somos creados de nuevo en él. La asamblea tiene, pues, las cosas que permanecen, pero se ha comportado con deslealtad. Si posee su parte es porque Cristo las posee todas, él es la causa de que sean manifestadas. Ha fracasado el testigo responsable de hacerlo, y ahora él toma el relevo y viene para exhibirlas de manera poderosa.

Ante todo, debemos incluir la serie de acontecimientos que se están preparando en el mundo. Hay que observar que no se menciona en el libro la venida del Señor por la asamblea. Se promete que vendrá en breve, pero esta es amenazada con ser vomitada de su boca. Que venga por los suyos o rapte la iglesia en cualquier instante, no tiene una hora establecida. Esto concuerda de forma total con lo que hemos visto del ministerio de Juan: su ocupación con la aparición del Señor, y su escaso contacto (solo cuando es necesario) con las promesas celestiales de Jesús tras dejar a los discípulos. En los caps. 14 y 17 de su evangelio, el apóstol las aborda de manera excepcional. Aquí quedan al margen. Hasta el cap. 12 del Apocalipsis, que confirma sorprendentemente lo que digo, él identifica el rapto de los santos solo con el suceso del arrebatamiento del hijo-varón. Por lo tanto, no tenemos un tiempo que indique de forma específica el momento en que ocurra, salvo que los santos son tomados antes de que comience la guerra en el cielo, lo que nos transporta a los últimos tres años y medio del tiempo del fin. Pero, por otro lado, a los santos que pertenecen a la asamblea, o a épocas anteriores, se les puede contemplar arriba, una vez finalizados los mensajes a las iglesias, donde esperan a que se les otorgue el poder de juzgar para vengar su sangre.

Capítulo 4

Consideramos a partir de este capítulo el comienzo de los caminos de Dios, no necesariamente con la conclusión de que la asamblea ha sido vomitada de la boca de Cristo. Fue amenazada, pero tanto el juicio a Sardis como a Tiatira no había llegado aún. Nos hallamos en el punto en que Cristo abandonó sus tratos con la asamblea profesante, cuando la consideraba portadora de luz en el mundo. Lo que podría llegar a ser todavía no se manifiesta; él no está hablando de eso. Vendrá una apostasía abierta, pero no se revela la fecha ni la relación que tiene con el rapto. Del capítulo segundo de 2Ts saco la conclusión de que el rapto sucederá antes de la apostasía. Lo que decimos entonces es que, después de concluidas las exhortaciones a las iglesias, en Apocalipsis comienzan los tratos posteriores con el mundo. Las iglesias son el presente; lo siguiente, «las cosas después de esto». No vemos a Cristo caminando en medio de ellas, sino al Cordero sentado en el trono. Juan no se ocupa de esta visión ni del envío de los mensajes a las asambleas, dado que es llamado al cielo, donde los caminos divinos justo se están llevando a cabo de cara al mundo, no para la Iglesia. También tenemos un trono, aunque no a un sacerdote de largo atuendo. Los reyes y sacerdotes de los que leemos en el cap. 1 están ahora en lo alto. Otros podrán seguirles, pero estos están sentados en los lugares celestiales en tronos, adorando o agitando sus incensarios aromáticos. Por otro lado, el Señor no ha venido a juzgar el mundo, sino a recibir la herencia. A los santos que serán arrebatados para ir con Cristo se los ve en lo alto; pertenecen al cielo y ya no están en la tierra, sino que ocupan su lugar en las regiones empíreas.

La conexión que se establece entre estas dos secciones del Apocalipsis es que Cristo, que juzgaba en medio de la iglesia profesante, aparece en lo alto abriendo el libro de los juicios que han de caer sobre el mundo, del que está a punto de recibir públicamente la herencia. En esta escena de juicio, los santos aparecen en otro plano. La ocupación del apóstol con la asamblea cesa —el Espíritu Santo es quien se encarga de ella mientras los santos siguen en la tierra—, y es llevado al cielo donde ve a Dios en pacto con la creación, sentado en un trono de gobierno, y un arcoíris alrededor. Unos seres vivientes dan sus alabanzas al Creador, a aquel por quien fueron creadas todas las cosas. El trono no es el trono de la gracia, aunque los símbolos del poder y del juicio manan de él; a su alrededor, quienes representan a los santos recogidos a la venida de Cristo (los reyes y los sacerdotes), están sentados en sendos sitios dispuestos en círculo con el trono en el centro. No hay ningún altar de sacrificio a la vista, como si alguien pudiera acercarse con ofrendas a Dios. La fuente de bronce es vidriada y no contiene agua. Habla de una santidad alcanzada y estable, y no existe el lavamiento de pies. Los ancianos llevan coronas; el número veinticuatro recuerda a las distintas órdenes del sacerdocio del templo de Salomón. Los siete espíritus de Dios aparecen representados ante el altar del templo, pero no los de Cristo (que, enviados al mundo, ejercen su gobierno en la asamblea), sino las perfecciones de los atributos de los actos divinos, que proyectan su luz en el mundo.

Cuatro seres vivientes se hallan en el círculo donde está el trono y a la vez lo rodean. Se los ve formando parte de él, o bien separados, pero manteniendo una conexión central. Manifiestan rasgos de los querubines y los serafines, con ligeras diferencias entre ambos. Están llenos de ojos por delante y detrás, y ven todo como Dios lo ve; dentro también tienen ojos, y seis alas, una percepción interna que se les otorga y celeridad en sus movimientos. Representan también a las cuatro especies creadas: el hombre, el ganado, las bestias salvajes y las aves, que simbolizan los poderes o atributos divinos que los paganos adoraban y que aquí son la autoridad soberana que emana del trono. El paganismo no conocía al que se sentaba en él. Estas criaturas tipifican la inteligencia, la determinación, el poder y la rapidez de ejecución que son propios de Dios. Son sus símbolos, los diversos agentes que sirven de instrumento de Su actividad. Aunque se establezca un paralelo entre los querubines y los serafines (el poder judicial y gubernamental), estos poseen unos rasgos particulares.

Los querubines sobre el arca del templo tenían dos alas, con las cuales daban una forma al trono; miraban hacia el propiciatorio y, al mismo tiempo, al ser de oro puro poseían las

características de la justicia divina del sitio al que se acercaban los sacerdotes. En Ezequiel, los querubines sostienen el firmamento sobre el que el dios israelita se sentaba en un trono de juicio ejecutorio. Eran bronceos y llameantes, característica que ya hemos estudiado. Tenían cuatro alas: dos para volar y dos para cubrirse. Por Ezequiel 10 parece que estaban llenos de ojos, pero no por dentro, dado que gobernaban una esfera externa, y no se trataba, pues, de la inteligencia divina del ámbito íntimo. En Isaías 6, los serafines tienen seis alas igual que aquí; están en el trono y exclaman también «¡Santo, santo, santo!». Con un carbón encendido limpiaron los labios del profeta.

Los símbolos empleados se vuelven más claros cuando vemos estos ejemplos. Los seres vivientes están dentro y alrededor del trono, de un juicio ejecutorio, con los atributos de los querubines relacionados con él. Pero no se trata, como en Israel, de un pequeño juicio providencial, un torbellino de viento procedente del norte (Ez 1:4). Tenemos ante nosotros el gobierno de toda la tierra y el juicio inapelable de la santidad de la naturaleza divina⁵³. No solo perciben estos seres lo exterior, sino que poseen una percepción interna y moral de todo. No hay ningún trono de oro para acercarse a Dios, como en el tabernáculo. La santidad intrínseca de Dios se aplica exclusivamente al juicio. Manifiesta su naturaleza y carácter en toda la creación. La providencia deja de ser un enigma, atributos complejos sin solución, por así decir, que se aplicaban en circunstancias especiales, y cada acto lleva el timbre de la divinidad.

Fijaos también que Dios no abarca aquí, al contrario del YO SOY del primer capítulo, el pasado y el futuro, sino que es el Dios eterno, «el que era, el que es y que ha de venir». Conserva todos los nombres que le da el Antiguo Testamento: Jehová, Elohim, El-Shaddai... Sus atributos celebran la plenitud de su nombre, pues el Santo que vive eternamente no tiene una existencia o un poder menguantes como los humanos, que en el mejor de los casos son vanidad. Los santos se postran ante el trono y acatan la posición que ocupa Su gloria, se inclinan ante la infinitud de su Ser tras obviar la gloria que se les ha conferido, y le rinden, ante esta supremacía, el honor que solo él es digno de recibir, al tiempo que adoran al Creador del universo. A pesar de todos los cambios habidos, estas cosas permanecen verdaderas.

Los seres vivientes celebran y declaran lo que Dios es; los ancianos, en cambio, adoran con conocimiento de causa. En el Apocalipsis, presentan su motivo de adoración. Hay inteligencia espiritual en ellos. Además, observad que cuando los truenos, relámpagos y voces —signos de terror que acompañan el juicio— salen del trono, los ancianos entronizados permanecen impassibles; ocupan sus sitios alrededor del trono principal del juicio, su lugar delante de Dios, la posición que ocupan durante cualquier momento en que va a ejecutar el juicio por su mano. Forman parte de la gloria, son los asesores del solio del cual proviene este terror. Cuando el que se sienta en él es adorado, entran en actividad y le rinden toda la honra que merece, postrándose sobre sus rostros y arrojando sus coronas ante él, más privilegiados por celebrar Su gloria que la propia.

No vemos al Padre aquí; es Jehová. Y, de hecho, si nos preguntáramos en quién se manifiesta de forma personal diríamos, como siempre, que en el Hijo, pero aquí es simplemente el Yahvé del Antiguo Testamento.

Capítulo 5

En este capítulo encontramos al Cordero. El que se sentaba en el trono sujetaba en la mano derecha el libro de los poderosos designios de Dios. ¿Quién podría abrirlo y cumplirlos? ¿Quién tenía derecho a hacerlo? Nadie en el cielo ni en la tierra, excepto Uno. Los ancianos le cuentan al profeta lloroso que los caminos divinos deben concluir, que el Grande de la tribu de Judá, verdadero origen de las promesas hechas a David ha vencido para romper sus sellos y abrirlo. Él

⁵³ El juicio del fin, aunque es gubernamental y pone fin a la historia, no es querúbico, sino seráfico, causado por la santidad y naturaleza de Dios, como en Isaías 6.

era el Cordero, el Mesías rechazado. Pero era más que eso, como nos dice el capítulo. El Mesías rechazado está sentado en el trono de la divinidad, y entre todas las muestras de la providencia y de la gracia (los seres vivientes y los ancianos) contemplaban a un Cordero por lo visto inmolado. Tenía de Dios la capacidad de mostrar la plenitud de su poder sobre la tierra (siete cuernos), y sus siete espíritus gobernarían el mundo entero con perfección divina. Una vez que él abre el libro, los seres vivientes y los ancianos se postran en su presencia con incensarios dorados llenos de las oraciones de los santos. Aquí aparecen como sacerdotes.

Se entona un nuevo cántico en honor al Cordero. Lo que parecía deshonoroso y proyectaba una actitud de rechazo en la tierra, se convirtió en el fundamento de su dignidad para, llegada la hora, poder abrir el libro. El que a Su propia costa sufrió y glorificó la esencia de Dios, tenía la capacidad y era merecedor de manifestar los caminos de Su gobierno; no para Israel, sino para la tierra entera, pero no con castigos terrenales impuestos a raíz de la revelación que Dios hizo de sí mismo a los israelitas, sino que esta vez la exhibición de la plenitud de su poder incluye todo el orbe. Quien le había glorificado en esencia y, como declara el evangelio, rescató por su muerte a un pueblo de toda tribu, lengua y nación, es el indicado para manifestar este poder. No lo hace de inmediato, pero su obra es el medio que le confiere esta dignidad y el motivo de manifestar todo lo que Dios se ha propuesto a la hora de gobernar. Él puede abrir los sellos de los caminos y misterios divinos. Leed el pasaje: «porque fuiste inmolado, y con tu sangre nos compraste para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación». Así, no se trata del beneficio en favor de una clase particular lo que ocasiona la alabanza, sino del valor del acto que la hace posible.

Los ángeles vienen a ofrecer su adoración, al contrario del cuarto capítulo. Disipo mis dudas acerca de que sea aquí donde se produce un cambio en el orden administrativo. Hasta poco antes de abrirse el libro, ellos administraban el poder y eran los instrumentos para ejecutar en la tierra lo que simbolizan los cuatro seres vivientes: «porque no sometió a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando...». En cuanto aparece el Cordero para abrir el libro —resurge la imagen de la redención—, los seres vivientes y los ancianos aúnan sus voces, y los ángeles ocupan su lugar. Al igual que los seres antes, los ángeles no presentan ninguna razón para ofrecer su adoración. Como cabezas de la creación celebran, en cuanto a su naturaleza, el título de gloria del Cordero y sus méritos junto con todas las demás criaturas, rindiendo eterna alabanza al que está sentado en el trono. Los cuatro seres vivientes, es decir, todo el ejercicio de manifestación del poder de Dios en la creación y la providencia, se suman a su amén, y los ancianos adoran a Dios en la excelencia de su Ser. Además, en el versículo 8 estos seres y los ancianos se postran juntos delante del Cordero. No creo que los primeros se distingan en la última parte del versículo, sino que se fusionan con los segundos tipificando un servicio diferente, pero no de dos clases. El v 9 presenta el hecho general; no dice «cantaban», sino «cantan». Esto pasa en el cielo; sin embargo, los cantores implicados están presentes en la idea. Así va surgiendo todo: el trono y las personas naturales al cielo es todo cuanto discurre, el sitio de donde mana el juicio, quiénes son los que rodean el trono divino y quién lo ocupa, la escena celestial, el coro y los que asisten a él.

Capítulo 6

Los acontecimientos en la tierra empiezan con la apertura de los sellos. Fijaos que Juan, situado en medio de la ruina de la asamblea, facilitará en el capítulo 9 la profecía de todo lo que sucede desde su ruina hasta el regreso de Cristo. No hay ascensión ni arrebatamiento, salvo en el capítulo 12, donde aparecen ambos.

Los primeros sellos son fáciles de entender. No tengo nada que añadir; en primer lugar, tenemos juicios de conquistas, guerras, hambre, pestilencia, que conllevan lo que Ezequiel llama las cuatro plagas de Dios (espada, hambre, muerte y bestias salvajes). Nos hablan del curso providencial de los tratos divinos y, como resultado, los seres vivientes llaman la atención del

apóstol sobre lo que pasa en la tierra. Los sellos transmiten la voz del Omnipotente, que escuchan quienes tienen el Espíritu. Estos juicios completan las plagas providenciales que menciona la escritura. A continuación, caen juicios más directos, tras servir hasta ahora las plagas como medidas preliminares. Hay que decir que estas plagas del v 8 no alcanzan todo el territorio romano: hieren solo su cuarta parte, no un tercio. Las plagas tienen un alcance limitado, por lo que no son universales.

Los santos son los objetos en quienes Dios piensa realmente, y se acuerda de ellos antes de introducir otras escenas. Los que han sido martirizados por causa de la Palabra y de su testimonio preguntan cuánto tiempo más ha de transcurrir antes de que puedan ser vengados, pues recordemos que estamos ante el Dios del juicio. Su posición debajo del altar significa que le habían ofrecido sus cuerpos como sacrificio en aras de la verdad. Las túnicas blancas testifican de su justicia, de la aprobación que Dios les da, pero aún no ha llegado la hora de su venganza. No creo que sus ropas blancas indiquen que han resucitado. La primera resurrección se realiza por medio de la gracia soberana, que nos otorga el mismo lugar con Cristo para estar eternamente con el Señor, como consecuencia de su obra, y su justicia, que se nos aplica a todos de modo similar. Las túnicas blancas que se da a estos santos son el reconocimiento de su justicia (virtud), de ahí que se manifiesten en el pasaje 19:8 en el instante en que él aparece: «y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos». No niego que hemos sido lavados y que nuestra ropa ha salido blanca de la sangre del Cordero. Pero en el contexto del capítulo 7 creo que se refiere, sobre todo, a la forma en que estos santos se identifican por fe con la posición de sufrimiento de Cristo. Llevan túnicas blancas como reconocimiento por su servicio, pero antes de vengarlos es necesario que esperen a que se inaugure otro episodio de persecución que traerá hasta su lado a otros compañeros que reclamarán la misma honra y venganza. Aun así, todo esto marca una pauta, y parte de su origen con los tratos de Dios, para lograr este nuevo estado de cosas y emitir un juicio final que descarte definitivamente el mal. Aquí los juicios son providenciales.

Después de exigir venganza, viene la ruptura del sistema del gobierno mundial y sobreviene el terror a la población de la tierra. ¡Con qué claridad vemos aquí la escena del juicio que Dios va a ejecutar! Los deseos de los santos son como los expresados en los Salmos. No tenemos a hijos delante del Padre, ni la gracia, ni el evangelio, ni la asamblea, sino a Jehová, el Dios del juicio, pesando las acciones. Estamos en el terreno del Antiguo Testamento, es decir, de la profecía, no de la gracia hacia los malvados, aunque el juicio parezca que produce bendiciones.

La apertura del sexto sello origina un terremoto, una violenta sacudida de los cimientos de la sociedad. Todos los poderes gobernantes son visitados; y, viéndolo todo convulso, tanto los humildes como los poderosos piensan —por su mala conciencia— que el día de la ira del Cordero ha llegado. Pero no es así, a pesar de que los juicios preliminares pronto vayan a establecer el reino.

Capítulo 7

Dios se acuerda de sus santos errantes en la tierra —donde, cabe recordar, no aparece la asamblea— antes de los episodios que siguen (sean juicios al territorio romano, o las malévolas operaciones satánicas), para protegerlos y sellarlos para ese día.

En primer lugar, el número perfecto del remanente israelita queda sellado antes de la actuación de los instrumentos providenciales de los juicios: $144\ 000 = 12 \times 12 \times 1\ 000$. Al remanente se le asegura la bendición de acuerdo con los designios de Dios, y están separados por él; no gozan de las bendiciones, pero son guardados para disfrutarlas después. Luego aparece la gran multitud de entre los gentiles. Hay que indicar que antes no ha habido ninguna declaración profética sobre la bendición que recibe esta multitud de protegidos en la gran tribulación (no son los tres años y medio de Mateo 24, que se refiere a los judíos, sino el periodo mencionado en la carta a Filadelfia). Se revela aquí y nos dice claramente quiénes son. Vemos

una multitud de gentiles, no de pie alrededor del trono, sino frente a él y delante del Cordero, cuya justicia él reconoce después de alcanzada la victoria. Atribuyen la salvación al que está sentado en el trono y al Cordero, al Dios que se la reveló. Pertenecen a estas escenas terrenales, no a la asamblea. Los ángeles que rodean el trono, los ancianos y los seres vivientes, formando parte de esta escena celestial responden de forma unánime a esta proclamación. Los ángeles están dispuestos en círculo alrededor de otro grupo situado en el centro en un corro más próximo al trono: son la multitud de túnicas blancas. Los ángeles dicen su amén y pronuncian su alabanza.

Todo esto en relación con la multitud vestida de blanco y los ángeles; solo el primer grupo habla del Cordero que les ha salvado. Los ángeles se unen a su amén y alaban a Dios. Atribuían anteriormente gloria y bendición al Cordero, pero como es natural, el concepto de salvación no forma parte de su cántico. Por otro lado, los cuatro seres vivientes y los ancianos no están adorando, puesto que sus relaciones inherentes son otras y no se mencionan, salvo en los caps. 4 y 5. Allí los ancianos están en tronos circundantes, y adorando al que vive eternamente echan sus coronas ante el trono principal. Ofrecen sus motivos de alabanza según las relaciones que les corresponden; la de los ángeles, respecto a Dios; la de la multitud vestida de blanco, para el Dios del trono y el Cordero, con su derecho al gobierno y a la liberación de la tierra como un hecho del presente. Que el Cordero era el Hijo de Dios que creó los ángeles no se cuestiona aquí, sino que cada una de estas clases muestran sus respectivas relaciones con él.

Tenemos, pues, las huestes celestiales, los santos glorificados y la multitud vestida de blanco, cada cual en una relación distinta, aunque el primer y último grupo componen un solo conjunto. Los santos glorificados forman una clase aparte; no adoran. Uno de los ancianos, que posee la inteligencia de los pensamientos divinos, explica al profeta quién es la multitud de túnicas blancas, excluida hace poco de la revelación profética y del lugar legítimo de la asamblea. «Señor, tú lo sabes», contesta él. Habían salido de la gran tribulación tras mantenerse fieles y emblanquecer sus ropas con la sangre del Cordero. No eran santos milenarios, sujetos por nacimiento a la responsabilidad de este futuro estado terrenal que la gracia tenía que introducir. Son lavados y admitidos, son conscientes de ello, han obtenido la victoria cuando otros empiezan, y una vez purificados estarán eternamente en el templo de Dios, sirviéndole día y noche.

Esto a la vez los distingue de los adoradores celestiales, para los cuales no hay templo. El Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de la ciudad celestial. Sobre los recién salidos de la gran tribulación, quien está sentado en el trono extenderá sus tendales como antaño sobre el tabernáculo. No están en el atrio como los israelitas o las naciones de la tierra; su lugar es oficiar como sacerdotes en el templo del mundo. Las multitudes milenarias son adoradoras; estos son oficiantes como Ana, la hija de Fenuel, que tenía acceso constante al templo, y ellos lo tienen al trono por la eternidad. También gozan de las bendiciones procedentes del Cordero, al que atribuyen su salvación, el buen Pastor rechazado que tuvo que pasar por las mismas tribulaciones, y él los alimentará. Ya no tendrán hambre ni sed, como había sido el caso, ni los alcanzará más persecución ni tribulación. El Cordero, conocido en estos momentos de transición, los conducirá a fuentes de aguas vivas desde el trono de su exaltación. No son promesas, como a nosotros, de pozos de agua que saltan para vida eterna y se desbordan igual que un río, sino que esta multitud recibirá su alimento, tendrá reparadas sus fuerzas y estará bien cuidada por la gracia del Cordero, al que siguieron. Dios les enjugará las lágrimas con Sus consuelos, que compensarán todas las penas vividas. Pero sus bendiciones son solo consolaciones, no el verdadero gozo celestial. Por tanto, son una clase distinta a los ancianos y a los santos del cielo, a los santos milenarios, que nunca conocerán la tribulación. Tienen una posición conocida y resuelta ante Dios por gracia. Esto constituye una nueva revelación en cuanto a los que pasarán por la gran tribulación. Los 144 000 del capítulo 14 son una clase similar salida de los judíos, que habrán pasado por su especial tribulación.

Capítulo 8

El interés divino por los santos, motivado por la intercesión del gran Sumo Sacerdote, hace descender los juicios sobre el mundo. Para aquellos que están debajo del altar no hay intercesión; son perfeccionados tras haber sido rechazados y muertos como Cristo. Hay santos que aún necesitan esta intercesión, para que se escuche el grito de su debilidad y obtengan una respuesta. El humo del incienso sube hacia Dios con sus oraciones. El gran Mediador toma fuego del altar, prende el incensario y lo vierte a la tierra. La respuesta a la intercesión son los juicios, la manifestación de señales del poder divino, tras lo cual sigue la convulsión del orden mundial: voces, truenos, relámpagos —como cuando fue establecido el trono—, y un terremoto.

Sucedan juicios más concretos tras la señal emitida desde el cielo. Caen sobre el territorio romano, la tercera parte de la tierra (cf cap. 12:4). Primero, es un juicio que proviene de arriba, granizo y fuego mezclados con sangre que indican su destrucción virulenta. El resultado es la destrucción de los que detentan una autoridad en la parcela del Imperio romano restaurado, y de toda prosperidad general. Segundo, se arroja un gran poder como juicio sobre la masa de los pueblos (sigo pensando que se trata de la tierra romana), para destruir a los hombres y todo lo que en estos límites ayuda a su subsistencia. Poco después, quien debió de haber sido un referente de luz y orden en el gobierno cae de su lugar y corrompe las fuentes morales de la población, aquello que gobierna, lidera y caracteriza a la gente. Estas fuentes se tornan amargas y contaminan a muchas personas, que al fin mueren. La última de las cuatro plagas ataca los poderes gobernantes y acaba con sus funciones, todo dentro de los límites de la parcela romana. Así terminan los juicios generales, que trastornan la tierra y causan el desastre y la confusión donde se concentra el poder del mal contra los santos.

Se anuncian los desastres que sobrevendrán a los habitantes de la tierra, que prefieren establecer su morada en ella antes que haber aspirado a una vocación celestial, y no despiertan ni se conmueven por los juicios, sino que pese a todo sienten apego a este lugar. La expresión «habitantes de la tierra» se ha utilizado en la promesa a Filadelfia y en la oración de las almas bajo el altar, dado que ambos grupos contrastan con el anterior. Después de todo lo sucedido en la tierra, constituyen una clase claramente distinta a la población mundial. A esta clase perversa e incrédula se destinan los juicios de Dios; en primer lugar, contra los judíos; después, contra la población de la tierra romana, y, por último, universalmente.

Capítulo 9

El quinto ángel toca la trompeta, y al que por su posición debió de haber irradiado luz y mantenido el orden gubernamental, pierde su autoridad. Se da poder al ángel de liberar la tenebrosidad y fuerza bruta de Satanás y abre el pozo del abismo, donde está encerrado el mal. La autoridad suprema, la luz celestial y la salubridad del orden se entenebrece. Cesan debido al maligno efecto demoníaco desencadenado. Los instrumentos del poder satánico surgen en número de esta fuerza maligna. Multitud de langostas aguijonean con la moral de su falsa doctrina, no para destruir la prosperidad temporal, sino para atormentar a los judíos desleales; no para matar, sino para hostigarlos y vejarlos. Este mal debe continuar durante cinco meses, ya que no es aún definitivo. El tormento infligido es peor que la muerte, es dolor y angustia de corazón. Estas langostas semejan la fuerza de un poder militar imperial, llevan coronas, para quienes las conocen muestran una energía masculina, pero si se las ve por detrás se revela su secreto, son sumisas y flojas; su rostro es como el de los hombres; su pelo, como de las mujeres. Portan las armas de una conciencia endurecida, son medios de Satán y obedecen sus órdenes. El ángel del abismo las gobierna, juega en las profundidades de la astucia de Satanás y maneja el poder de las tinieblas. Somos demasiado incrédulos en cuanto a la fuerza que nubla la mente de los hombres y los abandona a su ímpetu cegador. Los crueles tormentos peores que la

muerte, junto con una mente reprobada, son la porción de las personas que una vez fueron el pueblo amado de Dios. Ha pasado el primer lamento.

El sexto ángel toca la trompeta. El siguiente lamento tiene que ver más con la acción del hombre y es más providencial. Está destinado a los habitantes del Imperio romano. Los instrumentos de este juicio desatan allende el Éufrates una multitud innumerable de jinetes. Tanto sus conciencias (las corazas) como sus palabras (la boca), están sujetas al poder de Satanás como parte del juicio. Esta vez los hombres reciben una herida de muerte. La boca de estos agentes de maldad vomita el poder de Satanás y su doctrina maléfica, con los que causan daño. No creo que esta muerte sea física, puede que sí, pero sospecho que se refiere a la apostasía. El resto que no cae en ella no se arrepiente de su idolatría ni de sus malas obras.

Capítulo 10

Estos son los lamentos preliminares que caen sobre el cuerpo de los judíos y gentiles cristianizados, dado que no ha surgido aún la hostilidad del poder del mal directamente contra Dios. Va a desarrollarse a continuación; pero primero, en el librito abierto, veremos qué lugar ocupa este instante en la historia general. El libro se abre con motivo de una profecía conocida, llevada a su inmediato cumplimiento en un terreno por todos sabido. No se trata de los caminos no revelados de Dios, menos aún manifestados, que determinan un desenlace. Cristo desciende del cielo para afirmar sus derechos sobre los moradores de la tierra. Apoya su pie derecho en el mar, el izquierdo en la tierra y hace tronar la voz de su poder, a la que responde la voz del Todopoderoso. Se han sellado sus revelaciones, y jura por Aquel que vive por los siglos de los siglos que no habrá más demora; las cosas están llegando a su fin. Al sonar la séptima trompeta, el misterio de Dios terminará y su poder intervendrá de forma inmediata. El profeta ha de retomar la profecía sobre los pueblos, lenguas y naciones.

Capítulo 11

Nos encontramos, de súbito, en el centro de los designios proféticos: Jerusalén, el templo, el altar y los adoradores. El altar, y los adoradores, que ofician en su interior en el secreto de Dios, son reconocidos y aceptados por Él. La profesión del judaísmo es rechazada y se reniega de ella. Los gentiles la pisotean durante la media semana de dolores. Los que ocupan el lugar de sacerdotes, verdaderos adoradores según Dios, están allí y él los reconoce. Dios ofrece también un testimonio íntegro de lo que exigía la ley, y dos testigos lo rinden día tras día durante la media semana profética. Sufren y resisten el oprobio con el poder de Moisés y Elías cuando el pueblo se sumió en la apostasía y estuvo cautivo. No se trata del restablecimiento de Israel al reino y el sacerdocio, como sucederá al cumplirse la visión de Zacarías sobre el candelabro y los dos olivos, sino un testimonio bastante preciso que lo prevé. Nadie puede tocar a los testigos mientras dura la media semana de su profecía, solo cuando llegue su hora. Sus palabras provocan la muerte de sus adversarios. En el remanente tenemos el sacerdocio y la profecía, no el reino, sino un testimonio casi. Lo que padecen los testigos es indicativo de que el reino no existe. Se asemejan a Cristo en su humillación en Israel, solo que Él no mató entonces a sus enemigos, y ve en estos dos testigos la porción del remanente. Su estado lo encarnan la humillación y la respuesta absoluta de Dios a su palabra profética. Cuando termina su testimonio, el caso es distinto. Entonces, se tienen que enfrentar a la bestia que sube del abismo. Están ante el señor de la tierra, no propagan el evangelio celestial, sino que actúan como testigos de los derechos que Dios sostiene sobre el orbe y, en lo referente a él, del amor por su pueblo. Rinden testimonio de los derechos divinos en el tiempo en que los gentiles enemigos poseen la tierra. Llegada la hora de la bestia, ella los mata y arroja sus cuerpos a la plaza de la ciudad, donde quedan expuestos. Las naciones impiden su sepultura. Los moradores mundanos encuentran gran satisfacción en

contemplantos a la vista de todos, dado que estos testigos del Dios de la tierra habían estado amargándolos; pero al cabo de tres días y medio, vivificados por el poder del Espíritu ascienden al cielo envueltos en una nube, no como Cristo, sino de forma que sus enemigos los ven. Una décima parte de la gran ciudad está aturdida por la conmoción que sufre la tierra, y el resto de los hombres dan, asustados, gloria al Dios del cielo. Él ya obra como el Dios de la tierra. El segundo lamento ha pasado.

Llegamos al final de la media semana. La séptima trompeta sonará pronto y terminará con el misterio de Dios. Al tocarse, se oyen grandes voces en el cielo que declaran que el reino del mundo del Señor (Jehová) y Su ungido (Cristo) ha llegado. Supone una enorme desgracia y es motivo del mayor de los terrores para toda su población. El primer lamento vino de Satanás y era especialmente para los judíos; el causado por los hombres sobrevino a la gente del Imperio romano; este último lamento proviene directamente de Dios, cuando las naciones se enfurecen y llega Su ira, el ajuste de cuentas y la liberación final. Otra vez tenemos a los ancianos anunciando el motivo de su alabanza y acción de gracias. Más voces proclaman el reinado de Jehová y su Ungido según el Salmo 2, y que él —como es normal, Juan une a ambos en un único pensamiento— debe reinar por los siglos de los siglos. Se celebran tanto el reino terrenal como el eterno. En el reino eterno se pasa por alto la distinción entre el régimen mundano y el sometimiento a Cristo. En la acción de gracias de los ancianos, Jehová Elohim El-Shaddai es adorado como el gran Rey que toma el poder y reina; es el reino de Dios. Diferenciamos dos partes en su afirmación: las naciones enfurecidas, que provocan la ira de Dios, y el instante en que los muertos sean juzgados. Ahora sucedía la primera parte: la ira del hombre y el juicio de Dios. Más adelante, él recompensa a los profetas, a los santos y a todos los que temen Su nombre, y echa de la tierra a los que la corrompieron. Una bendición. La primera parte es general, el tiempo de la ira y del juicio; la segunda, la recompensa y la liberación de los santos, lo que concluye definitivamente la historia a manera de símbolo. La última trompeta ha sonado y el misterio de Dios ha finalizado.

A continuación, veremos más detalles: la bestia y la relación que guardan con ella la asamblea y los judíos; Babilonia y las bodas del Cordero; los juicios a ambas bestias y al falso profeta; la prisión de Satanás; las dos resurrecciones y el Juicio Final; y la descripción de la ciudad celestial. Esta nueva profecía comienza, en cuanto a su propósito, con especial alusión a los judíos. Se abre el templo de Dios en el cielo y se ve el arca de Su pacto. Pero los juicios la caracterizan: los que descienden de lo alto, y aquí abajo la desgracia y el estremecimiento.

Capítulo 12

Este capítulo nos da un breve e importantísimo resumen del curso de los acontecimientos, no de lo que producen sus agentes con sus juicios, sino de la visión de los principios que llevan a cabo, el estado de cosas revelado por Dios. La primera persona simbólica, objeto de la profecía y resultado de los caminos divinos, es una mujer vestida del sol, con una corona de doce estrellas, y la luna bajo sus pies. Es Israel, o Jerusalén como centro (cf Is 9:6; Sal 87:6). Va vestida de la suprema autoridad, de la gloria de la perfecta administración humana, de la que se instauró en el antiguo pacto. Sufre dolores de parto, angustiada por el alumbramiento. También vemos el poder de Satanás revelado en la forma del Imperio romano con distintos poderes (siete cabezas), pero incompleto en supremacía administrativa: tiene diez cuernos, no doce. Enemigo declarado de Dios y del poder de Cristo, Satanás intenta devorar tan pronto como nace al hijo varón, que ha de gobernar las naciones. Pero este —y la asamblea— es arrebatado para Dios y llevado ante su trono. No recibe aún el poder, sino que se halla en sus comienzos. No es el rapto de los santos ni tiene que ver con el gozo, dado que nos remontamos al tiempo en que Cristo subió al cielo. Sin embargo, aquí es llevado, junto con la asamblea, hacia donde surge el poder para establecer el reino. El tiempo no cuenta aquí; Cristo y la asamblea son uno. En cambio, la

mujer —los judíos— es conducida al desierto, donde Dios la guarda durante la primera media semana.

La asamblea (los santos glorificados) sube al cielo para ser guardada de lo que va a ocurrir. A los judíos, o santos terrenales, los protege el cuidado providencial. Esto nos da una idea de todo el estado de cosas a poco que aparecen las respectivas escenas. La mujer que debe poseer la gloria y todo el poder en la tierra es rechazada. El hijo que va a poseer este poder en el cielo ha tenido que ascender antes.

Prosigue el curso histórico de los acontecimientos, tras suponer al hijo arrebatado a lo alto. Allí se libra una guerra, y el diablo y sus ángeles son expulsados. Esto pone de relieve, con más claridad si cabe, la distinción entre los santos glorificados y el remanente judío. Los primeros vencen al acusador con la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio; la simiente de la mujer, el remanente, es la que guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo, el espíritu de profecía. Lo que tienen de él es la palabra del AT.

Volviendo a la última parte del capítulo, una voz atronadora anuncia en el cielo que han llegado el reino de Dios y el poder de su Ungido, el testimonio del Salmo 2, pero en este punto esta proclamación se hace desde lo alto, donde se afianza la potestad del reino después de la expulsión de Satanás. El poder antisacerdotal del diablo se ha extinguido para siempre. Puede que siga poniéndose la ropa de rey y profeta, pero ya no mantiene ninguna posición en el cielo. Los santos de los lugares celestiales le han vencido mediante aquello que limpió sus conciencias y les dio un título celestial: la sangre del Cordero y la palabra de su boca, la espada del espíritu de Dios, gracias a lo cual subestimaron sus vidas hasta morir. Los cielos y cuantos habitan en ellos se regocijan, pero ay de los habitantes de la tierra y de los mares, pues el diablo ha bajado hasta ellos consciente de que le queda poco tiempo. Creo que el versículo 11 supone a los santos muertos tras el rapto de la iglesia y pertenecientes al cielo. Si los mataban por causa de su fidelidad y sus almas no subían, perdían la tierra y su lugar en lo alto, a pesar de haber estado más consagrados que los santos antes de suceder el rapto. Los vemos también en el capítulo 20, entre quienes comparten la primera resurrección. Las almas debajo del altar también tenían que esperar a sus hermanos, que habían de ser asesinados para cerrar el círculo. Fijémonos aquí que los santos, cuyo regocijo celebran, son los que han dado su vida y no otros. Esto sucede antes de los últimos tres años y medio.

Volvemos a ver estos tres grupos de personas: aquellos cuya voz se ha oído en el cielo, sus hermanos vencedores, y los que van a estar en la tierra soportando durante tres años y medio la furia de Satanás, que todavía no se ha desatado. Si el hijo varón es, como pensamos, Cristo y los santos arrebatados, y la voz en el cielo es la de la gente que se encuentra allí, es del todo evidente que estas personas son ellos, los santos que han tenido parte en el arrebatamiento y están asociados con él, quienes celebran la derrota del acusador y la liberación de los que pertenecen a esta esfera y llaman «nuestros hermanos» a las personas que han finalizado su conflicto con el acusador, a cuyo poder, antes de ser él expulsado, han tenido que hacer frente en los lugares celestiales, a un antisacerdote, todo lo cual representa un misterio para Juan. Restan aquellos que siguen en el mundo antes del juicio, cuando Satán barre con furor la tierra como rey y profeta. Porque el dragón, arrojado del cielo e incapaz de seguir acusando o contrariando a los santos de llamamiento celestial —el sacerdocio se refiere a ellos, no a su unión con Cristo—, persigue a los judíos intentando destruir su testimonio. Pero el Señor no solo da fuerzas a la mujer para que resista —Su poder no ha venido aún a librarla—, sino para que huya y busque protección en un lugar donde pueda ser sustentada toda la media semana y mantenerse lejos del alcance de la serpiente. La serpiente se lanza en su persecución, pero como no tiene alas arroja para acecharla una tromba de pueblos motivados por su especial liderazgo. La tierra, el sistema organizado en que vive la humanidad, traga sus aguas. La influencia de Satanás trabaja en balde, pues, aunque no logra neutralizarla ningún ejército ni pueden hacerle frente otros poderes, es anulada directamente. Tal y como están las cosas en la tierra, su esfuerzo es contrarrestado. Dios lo ha querido en su providencia, y el dragón persigue esta vez,

de manera individual, al remanente fiel de la simiente, a los judíos que retienen los mandamientos de Dios.

Capítulo 13

Van desarrollándose los agentes del mal satánico: la bestia de diez cuernos, y la de dos. A la primera bestia, el dragón, que bajo la forma del Imperio romano arrastra con su cola una tercera parte de las estrellas del cielo y las arroja a la tierra, le da su trono y mucha autoridad⁵⁴. La segunda bestia no solo cultiva el poder administrativo de la primera y lo exhibe en su presencia, sino que ejerce activamente el mal para obligar a los hombres a adorar tanto a aquella como al dragón, que la tiene poseída. La bestia del Imperio romano presenta un aspecto distinto al que tuvo en la historia del mundo. Sus formas de gobierno o cabezas difunden plenitud, pero al estar compuestas solo de diez reinos, no dudo de que esto indique una gestión ineficaz. No posee doce cuernos, está incompleta. El número siete indica un género superior. El Cordero tenía siete cuernos; la mujer, doce estrellas en su cabeza. Siete es la perfección en sí; doce, la perfección administrativa humana. Siete es el número primo más alto; doce, el más perfectamente divisible, compuesto de los mismos elementos pero multiplicados entre sí, no sumados como un número simple. Cuatro es la perfección finita, como el cuadrado, mejor aún, un cubo de lados iguales pero de extensión limitada. La bestia lleva unos nombres blasfemos. Es la enemiga declarada de Cristo. Absorbe los anteriores imperios y los representa. El dragón le da su trono y poder. Este poder no viene de Dios, dado que él no posee ninguno una vez que la asamblea se ha ido. El mundo le declara la guerra.

Una cabeza de la bestia, la imperial, queda herida de muerte, pero la sanan. La cabeza se restablece y el mundo se admira ante ella, adorando al dragón que le ha dado poder. Dios es al fin ninguneado; nada a ojos del mundo iguala a la bestia, que posee la habilidad de proferir las mayores blasfemias y airarse contra Dios. Reniega de Su nombre y Su morada, de los santos celestiales, del cristianismo y del Jesús cristiano. El dragón ha sido expulsado del cielo, donde son recibidos los santos arrebatados. La bestia no dice más que blasfemias.

En cuanto a los habitantes de la tierra —la división no es ahora solo espiritual—, todos adoran a la bestia excepto los elegidos, cuyos nombres están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida del Cordero. Resistirse por la fuerza no es el camino para obedecer. La paciencia y la fe de los santos se demuestra de otro modo. El que blande la espada perecerá por ella; la violencia no ha sido nunca el camino de Cristo, sino la mansedumbre, que todo lo soporta y no opone resistencia. Sin embargo, la bestia, que daña y siembra muerte, morirá. Este es el poder imperial blasfemo establecido por Satanás, gracias al antiguo Imperio romano restituído y representante de los cuatro anteriores, aunque con una forma distinta.

La segunda bestia no resurge de la masa de las civilizaciones —el mar— para tornarse imperio, sino de la organización ya establecida y con la que Dios ha de bregar. Muestra la forma del reino terrenal del Mesías, con dos cuernos de cordero, y exhibe su poder directamente de Satanás. Quien ha recibido la enseñanza divina sabe que su voz es del diablo, que ejerce su dominio en nombre de la primera bestia y delante de ella. Convertida en su ministro, ordena que la tierra y sus habitantes adoren a su cabeza. Es el falso cristo de origen satánico que pone el mundo a sus pies. Obra grandes prodigios para dar a los hombres cuenta de sus poderes, como hizo Elías en determinada ocasión con los derechos de Jehová (cf 2Ts 2, donde el hombre de pecado ofrece las mismas señales que Jesús, aunque sean engañosas, haciéndose pasar por el Cristo). Engaña a los habitantes de la tierra con sus milagros, ordena que erijan una imagen a la primera bestia, cuya efigie cobra vida para hablar falsedades y causar la muerte de quienes no la adoran. Todos están obligados a estamparse la marca de sumisión a la bestia y servirla en

⁵⁴ No debemos sorprendernos si la bestia tendrá al final un imperio pequeño, aunque Dios al principio otorgue a ambas un dominio universal.

sus ocupaciones, no importa el trabajo o la profesión que tengan, por lo que no se permite a nadie hacer negocios sin su nombre grabado.

Tal es el poder que caracteriza al reino del mesías energizado por la fuerza brutal de Satanás. Tras hacerlo constatar públicamente, la bestia forzará a todos a que se inclinen ante su falso reino mesiánico y nadie podrá mover un dedo sin que la adoren; salvo los elegidos. Se ha agotado el poder antisacerdotal de Satán en los cielos, pero aún posee la realeza y la profecía contradictorias de Cristo, quien todavía no se ha manifestado. Las hace suyas, pero, aunque no puede causar la claudicación del poder gentil, afianza el suyo delegándolo a las naciones. Como los judíos apóstatas de antaño, todos inclinan la cabeza y se suman como sus agentes (salvo el remanente elegido) para administrarlo. Aquí tenemos el poder íntegro de Satanás en acción. Tras haber elegido a su mesías, la primera bestia está obligada a engañar y anteponer sus milagros al poder gentil, el cual no puede hacer desaparecer, pero sí someterlo a la mentira y que los judíos idólatras también se subordinen, supeditando a todos al control de la depositaria de la autoridad de Satanás.

He aquí un singular estado de cosas muy alejado de los sueños judíos y de la esperanza de las naciones. El espíritu impuro e idólatra tiene que regresar a su hogar. Los prodigios, y no la verdad, gobernarán la mente supersticiosa de la gente, que se entregará a una operación de error para creer la mentira. Aunque aquí asuma el carácter de Cristo en Su reinado, se dice que la acción de la bestia irá principalmente destinada a los gentiles, por más que los judíos se hallen mezclados con ellos (Is 66 y Daniel). Un tiempo de ideas liberales, pero de la más absoluta tiranía para todos cuantos no acaten el poder de Satanás y la legalidad que él establezca. Este tiempo estará configurado por la desaparición de la verdad. Todos tendrán el número de la bestia. En cuanto a este número, no tengo duda de que será muy claro para los fieles y que sabrán juzgarlo espiritualmente cuando se presente la bestia. Servirá de pauta moral a cuantos lo lleven inscrito. Hasta entonces, las especulaciones de los hombres no aportan nada de valor. Las conjeturas del viejo Ireneo sobre el hombre latino pueden ser tan válidas como cualquier otra.

Capítulo 14

Los caminos divinos hacen frente al mal, pero en primer lugar se preserva al remanente. Pertenece por completo a la tierra renovada y es contemplado en el centro del dominio y la gloria, el monte Sion donde reinará el Cordero. Los que pertenecen a este residuo tienen Su nombre y el de Su padre escrito en la frente, puesto que por su confesión sin ambages han dado testimonio de ambos y sufrido como él, cuando testificó en vida de Su Dios y Padre. Sin embargo, el remanente no experimentará la muerte. Es un nuevo comienzo, no para la asamblea, que es celestial, sino para la bendición de una tierra liberada, para quienes han sufrido por su testimonio como sus primicias. El cielo celebra esta bendición y se oye una voz como de muchas aguas similar a un trueno, pero de otro modo gozosa. Es una voz semejante al tañido de arpas. Un cántico nuevo sube ante el trono, los seres vivientes y los ancianos. Aquí, el hecho es lo que realmente importa. En el capítulo 5 se oye otro cántico relacionado con la redención, pero los que allí aparecen redimidos fueron instituidos reyes y sacerdotes. Ahora tenemos la redención relativa a las bendiciones terrenales, no al reino y al sacerdocio en lo alto, por lo que se entona esta canción frente a la compañía celestial que rodea el trono. El cielo está directamente ligado a este cántico, y al triunfo sobre el poder del mal, dada la paciencia de los que han tenido que sufrir.

Lo habitual en quienes acompañan al Cordero en el monte de Sion es su pureza, que les ha permitido mantenerse a resguardo de la corrupción reinante. La experiencia del dolor y su superación los vinculan directamente a los vencedores celestiales. No cantan sobre la redención celestial, pero sí celebran la victoria obtenida a las puertas de la muerte, aunque no la experimentaran. Es un cántico nuevo que nadie puede saber, salvo quienes han conocido los sufrimientos terrenales del Cordero y van a ser sus compañeros en el reino. Le han seguido y le

van a seguir donde quiera que vaya. Constituyen los primeros frutos de esta nueva escena. No se han corrompido cuando otros sí lo han hecho; no han obrado como los que aman la mentira o ceden a sus tentaciones. Se han guardado de la corrupción y la mentira, confesando abiertamente la verdad. No ocupan su parcela en el cielo, pero carecen de culpa y comparten el lugar y la gloria terrenales del Cordero, al que acompañan donde sea que va con la manifestación de esta gloria. Todo lo conducente a estos privilegios no tendrá razón de ser una vez que se establezca el reino. Será entonces tarde para demostrar fidelidad. Vemos una relación con los santos celestiales que no encontramos en el capítulo 7. La multitud de ropas blancas está delante del trono de Dios y del Cordero; adoran en su templo, y aquel los consuela. Aquí tenemos una especial identificación con el Cordero en la tierra, con su camino y el lugar que ocupan como resultado de esta lealtad. Es el remanente de los Salmos (caps. 1 a 41). Aunque vayan a estar con el Rey, han sido redimidos de entre los hombres antes de venir Cristo a reinar, y elevan su cántico ante los ancianos y los seres vivientes. No los acompañan, pero cantan en su presencia; es decir, la multitud gentil es admitida a privilegios especiales ante Dios y el Cordero. El remanente judío está asociado con el Cordero en la tierra y, en cierto sentido, con el cielo.

Sigue el progreso de los caminos divinos. Se emite un aviso a los moradores del orbe para que abandonen la idolatría, puesto que el juicio de Dios ha llegado. El evangelio eterno es el testimonio que se rinde del poder cristiano desde los tiempos del paraíso, y sirve de contraste con la proclamación especial de la asamblea y sus buenas nuevas. Babilonia ha caído; se dan una serie de advertencias y amenazas a cualquiera que adora a la bestia. Ha llegado el momento en que morir por el Señor ha de terminar, pero continúa la bendición para quienes deben entregar todavía su vida. La muerte y la tribulación han acabado. Al remanente se lo ve formando un cuerpo entero, y si quedaban aún por morir, morirían en el Señor antes de alcanzar el descanso y la bendición que aquí otros poseen.

Cristo siega la tierra: separación, reunión y juicio; después pisa el lagar y fragua una venganza sin rival sobre los malvados. En este último juicio, el ángel que tiene poder sobre el fuego reclama ejecutar esta venganza, un juicio divino y absoluto que cae solo sobre los límites de Babilonia, esfera en la que el hombre ha organizado y levantado una estructura adversaria de Dios. Concluye la escena del relato que comenzó con el arrebatamiento al cielo del Hijo varón. Ahora vuelve para vengarse.

Se plantea una pregunta interesante: ¿qué es la vid de la tierra? Es la organización fructífera —cuando menos, esta es la idea— que profesa una comunión con Dios como su plantación. Israel era la vid que se extrajo de Egipto; Cristo, la vid verdadera. Aquí no tenemos la relación de los suyos con él en el cielo, donde se los ve perfectos, no como quienes aportan fruto y son podados. Pero la analogía subsiste después de que él ha ascendido, y los cristianos profesantes son entonces los pámpanos. Por otra parte, la vid de la tierra, que crece y se desarrolla, pretende un derecho de sucesión al cargo religioso. Los verdaderos santos, o han subido al cielo o forman un remanente individual al que se persigue. No tengo ninguna duda de que los judíos integrarán el centro de este sistema religioso, pero estarán mezclados con los gentiles, se volverán idólatras y los poseerán siete espíritus peores que el que ya los poseía. Los gentiles apóstatas estarán plenamente asociados con todo esto.

Capítulo 15

Se desarrolla una nueva visión ante los ojos del profeta, las últimas plagas o juicios, especialmente las destinadas a Babilonia antes del regreso de Cristo. El objetivo principal de la visión está formado por los siete ángeles, que tienen las siete últimas plagas; pero, como es habitual, los santos involucrados en esta escena están sanos y salvos antes del comienzo de los juicios. Han sido atribulados. También han pasado por el fuego de la purificación. Aparecen parados sobre un mar de vidrio mezclado con fuego. Perteneían a la época en que la bestia y

su imagen estaban en el poder, pero obtuvieron la victoria sobre ella. Parecían haber sucumbido ante lo que finalmente resultó una victoria aplastante.

Su cántico es muy singular. La canción de Moisés triunfa sobre el poder del mal gracias a los juicios de Dios. El cántico del Cordero es la exaltación del Mesías rechazado, del que sufrió, como habían sufrido ellos imitando su ejemplo, porque hablamos del remanente muerto entre los israelitas infieles y apóstatas. El cántico celebra a Dios y al Cordero, pero los que cantan son los mártires victoriosos ciudadanos del cielo. Alaban las obras de Jehová Elohim El-Shaddai (el Dios del Antiguo Testamento), ahora manifestado en juicio y conocido por sus obras, las cuales ha hecho públicas al pueblo. Mostró sus caminos a Moisés y sus hechos a los hijos de Israel, elogiados ahora como obras del Juez de toda la tierra. Sus caminos son también celebrados. Hay inteligencia en relación con sus propósitos, al menos en cuanto a un juicio justo. Las formas del juicio eran justas y verdaderas. Israel había entendido la liberación y de qué modo había llegado, pero Moisés conocía los caminos de Dios. No tenemos aquí una mera celebración de las cualidades y los atributos divinos, como pasa con los ángeles, ni tampoco un pleno conocimiento de la obra salvífica de Dios realizada mediante la sangre del Cordero, ni un corazón rebosante por el sentimiento de su relación con Dios, sino un festejo de la gloria del Señor, que ahora será adorado por las naciones, ya que ha manifestado Sus juicios. Se trata del conocimiento adquirido por la ejecución de estos juicios, no del que se obtiene de lo más íntimo de Dios detrás del velo.

Terminada este festejo por lo que acaba de suceder, se abre en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio, no con el arca a la vista, sino como resultado fidedigno del mal que arrecia con furia sobre la tierra. El arca del pacto garantiza seguridad a Israel, pero aquí es un testimonio abierto, no la alianza que ofrece protección en horas bajas, sino una declaración que testifica de aquello que el arca del pacto aseguraba, puesto que el templo está abierto y salen de él los mensajeros del juicio, la acción divina para restaurar y bendecir a Israel tras juzgar a los gentiles y a todos los que corrompen la tierra. A ojos de Dios, esta purga proporciona vigor al juicio, y está representada por los ángeles vestidos de lino limpio y refulgente, con unos cintos de oro ceñidos al pecho como respuesta a la corrupción que albergaba Babilonia (cap. 19:8). En una palabra, se trata de un juicio que exigía una purificación apta a la justicia divina. No se trata del bronce pasado por el fuego, lo que indica simplemente la ejecución del juicio de cara a los hombres —que desde luego acaecerá—, sino la reafirmación de la naturaleza y carácter de Dios frente a la podredumbre, su carácter esencial y eterno, que la asamblea debería haber mostrado mientras Babilonia y la bestia hacían todo al revés. Los siete ángeles juzgan todo eso según los atributos divinos, porque en realidad se trata de vindicar lo que Dios es, la forma en que se ha revelado a la asamblea. El lino blanco se refiere, no tengo duda, a Babilonia, por eso el juicio debe alcanzar a los hombres que han adquirido su marca. Uno de los cuatro seres vivientes entrega las copas a los ángeles, pues tienen que ver con el poder judicial de Dios como Creador, no del Cordero. La gloria del Dios del juicio llena el templo, y ninguna persona puede entrar para acercarse a él o adorarlo hasta que no pasen las siete plagas. Es la exhibición completa de Su juicio.

Capítulo 16

Las cuatro primeras plagas hieren los mismos objetos que los juicios anunciados por las cuatro primeras trompetas: el círculo íntegro de la naturaleza de los símbolos, aquí directamente relacionada con la humanidad: la tierra, el mar, los ríos y el sol, la esfera profética organizada por los tratos divinos, las masas de los pueblos desestructurados, los principios morales que motivan sus caminos y, en fin, la soberanía de su autoridad. Pero aquí no es un tercio de la tierra romana lo que se conquista, sino que los juicios son generales.

La primera copa de ira trajo la mayor angustia y miseria vergonzosa a todos los que habían adoptado la marca de la bestia.

La segunda provoca la muerte moral a la masa de los pueblos; mueren todos cuantos se hallaban dentro de los límites de la tierra profética; entiendo que abandonan la mera profesión de la religión. Aquí tenemos un ejemplo del uso de los símbolos que sería bueno resaltar. Todas las copas se derraman sobre la tierra, es decir, que las plagas atacan la esfera de las relaciones formadas con Dios. Pero en esta esfera podría existir una relación especial en la que estuvieran los hombres con unos tratos especiales, pues se trata de su población del mundo, de la masa general de pueblos en ese ámbito.

La tercera copa vierte su contenido sobre todas las fuentes de la influencia y acción popular, y se vuelven mortíferas. Me parece que aquí la influencia mortal que ejerce su papel de enajenación de Dios en la esfera profética aparece con un fuerte contraste. La muerte se usa generalmente para expresar el poder de Satanás. Acto seguido, la autoridad suprema se vuelve espantosamente opresiva. Según la división habitual del Apocalipsis, el empleo del número siete provoca los primeros cuatro juicios directos.

La quinta copa asesta un golpe mortal al trono de la bestia, la sede y la firme autoridad que Satanás le ha dado, y su reino se cubre de tinieblas. Todo es confusión y miseria, se colma la angustia y no hay ningún recurso para remediarlo. Los hombres se muerden la lengua de dolor y blasfeman.

El sexto ángel derrama su copa sobre el Éufrates; destruye, entiendo aquí, los límites que separan oriente de las potencias occidentales. No se trata de la sede de su poder, sino de sus fronteras, para poder preparar el avance de los reyes orientales. Considero esto la anexión de las potencias asiáticas a la conflagración universal de las naciones. La sexta copa envía tres espíritus inmundos —la suma de todas las influencias malignas— a los reyes de la tierra: el poder satánico antagonista de Cristo, el del último imperio de la bestia y de la segunda bestia del capítulo 13, conocida en adelante como el falso profeta, o la fuerza de Satán como Anticristo, un poder idólatra que obra milagros. Los reyes del mundo se reúnen para la batalla del gran día del Todopoderoso. Armagedón alude a Jc 5:19, 20.

Capítulo 17

Con la séptima copa se produce un caos general y la subversión del orden mundial, y Babilonia es traída a juicio. El granizo del juicio divino cae sobre los hombres (caps. 32 y 33 de Isaías). Todos los intereses privados de la gente y los poderes establecidos desaparecen. Es un juicio que viene de lo alto, de mano de la providencia y sus instrumentos. El Cordero aún no ha llegado. Los detalles de los juicios a Babilonia se dan en los siguientes capítulos.

Las características de Babilonia se exponen primero. Como la bestia, la ciudad es solo un objeto más del juicio, pero de una importancia moral superior al resto. Su rasgo general es la gran idolatría que ha generado en el concierto de las naciones: los reyes de la tierra han vivido en intimidad con ella buscando sus favores, mientras que sus moradores han perdido el sentido con su influencia perniciosa y embriagadora. Esta es la idea general que encontramos en primer lugar, lo suficientemente clara como para distinguir al sistema romano o papal.

Tenemos más detalles. Una mujer (el sistema religioso) sentada con nombres blasfemos sobre una bestia imperial y con la forma que define al poder romano. Está espléndidamente ataviada en su forma, lleva toda la gloria y los adornos humanos, una copa dorada colmada de impurezas y en su mano la idolatría. Sus abominaciones son simplemente ídolos; la inmundicia de su fornicación, la horrible corrupción que la acompaña. Su copa rebosa de ellos. La mujer se encuentra en un desierto donde no hay ningún manantial divino, un desierto que no es, por así decir, el país de Dios ni la patria celestial. Lleva su carácter marcado en la frente, revelando a la inteligencia espiritual su identidad, la gran ciudad de corrupción, el origen de toda la seducción y la idolatría de Roma. Tiene las manos manchadas de la sangre de los santos muertos, puesto que había sido la homicida que daba caza a quienes Dios tenía en gran aprecio y daban testimonio de Jesús.

El profeta está asombrado por los extremos en los que ha caído la iglesia⁵⁵. El ángel luego describe la bestia en la que montaba la mujer. Había sido, dejó de existir y luego resurgió de fuentes diabólicas, del abismo. El Imperio romano, que hace siglos había desaparecido, tiene una naturaleza blasfema y demoníaca, y bajo estos rasgos se va de cabeza a la destrucción. Menos los elegidos, todos los habitantes de la tierra quedarán admirados cuando vean a la bestia que fue, no es, pero será. Roma designa al Imperio romano, que reaparecerá de forma oficial. Es la ciudad de las siete colinas. Era la potencia dominante en el tiempo de la profecía. Cayeron cinco de sus formas de gobierno, pero quedaba una por surgir que duraría poco tiempo; luego, la bestia del abismo, la última fase diabólica del imperio, aparecería para ser destruida. Esta última forma, sin embargo, no es nueva; es una de las siete, aunque también la octava. Mi impresión es que Napoleón y su breve imperio forman el séptimo gobierno, pero todavía debemos esperar que surja el último. La bestia imperial tiene diez cuernos, diez reinos distintos que comparten su poder durante el mismo periodo con la bestia. Estos reinos delegan su poder a la bestia y declaran la guerra a Cristo, el rechazado en la tierra; pero él los vencerá, porque, aunque ahora sea despreciado, le pertenece la autoridad suprema. Hay otros que vienen con él, no simplemente los ángeles, sino los llamados, los santos que le acompañan.

Se añaden algunos detalles. Las aguas sobre las que cabalga la bestia son pueblos, multitudes, naciones y lenguas, masas de población en sus diversas demarcaciones geopolíticas. Los diez cuernos, esos reinos asociados con la bestia, odian a la ramera, devoran su carne y la queman con fuego, se apoderan de sus riquezas y la destruyen, porque deben dar su reino a la bestia blasfema hasta que se cumplan las palabras de Dios. Se nos dice intencionalmente que la mujer (no la ramera, ni su carácter corrupto e idólatra) que monta la bestia es Roma. Todo este capítulo es descriptivo.

Capítulo 18

Se anuncia el juicio. La única dificultad aquí la presenta el v 4, pero como sucede con cada conflicto en las Escrituras, se proyecta una nueva luz. La destrucción de Babilonia acaece de forma bastante sencilla. Cae bajo el juicio divino justo antes de que Cristo venga a juzgar la tierra. Puede que Babilonia pierda entonces su poder e influencia y sea destruida por los cuernos de la bestia. La comparación del pasaje 14:8 con los siguientes (16:19; 18:8, y el comienzo del cap. 19) lo dejan claro. Ahora oímos un aviso procedente del cielo, no del ángel que viene a juzgar, ni como consecuencia de los acontecimientos, sino que supone entender espiritualmente la mirada celestial. Esto está relacionado con la voz del cielo, una llamada espiritual, no un juicio manifiesto. Puede que sea más directa y apremiante, si cabe, para el instante justo en que empieza el juicio, y no dudo de que así sea: los hebreos son llamados a salir del campamento porque se aproxima el día de Jerusalén. Por lo tanto, creo que el v 4 se aplica siempre que vemos que el sistema es Babilonia y el tamaño de su iniquidad aporrea la conciencia.

El capítulo pasa a la ejecución real del juicio según el pasaje 17:16. Los cuernos o reinos unidos a la bestia aniquilan a Babilonia. Los reyes se lamentan por ella; también lo hacen quienes han buscado sus ganancias y ventajas económicas. El sistema económico se hace añicos por la caída del sistema. Lo que caracteriza a Babilonia, aquello por lo cual es juzgada, es su idolatría, corrupción, mundanalidad y talante subversivo. Es juzgada y destruida, y la prosperidad de la gente del mundo se resiente, así como se desvanecen las esperanzas de los reyes que hacían negocios con ella. Se le acusa de tener las manos manchadas de la sangre de los santos, como Jerusalén en su día. La persecución proviene de la religión que se asocia con los avances

⁵⁵ Es importante indicar que la religión oficial, con sus antiguos derechos, y que algunos han abandonado al conocer la verdad, es la instigadora de las persecuciones por diversos medios. Así ha sucedido con los judíos y en la historia universal. Siempre falsea la verdad, aunque conserve retazos de ella. Las verdades que examinan el corazón y ponen a prueba su obediencia no están ahí.

mundanos. Qué imagen tenemos aquí del mundo, ¡la manera que tienen de relacionarse los reyes y los santos con este sistema!

Capítulo 19

Se ve claramente el modo en que se juzga a Babilonia, la gran ramera que corrompió la tierra. Dios venga la sangre de sus siervos. Este juicio de Roma produce una gran alegría en el cielo. Se celebra la salvación con cantos y aleluyas. Los ancianos y los cuatro seres vivientes se postran y rinden culto, y la voz de la multitud proclama que han llegado las bodas del Cordero, una vez que la falsa novia ha sido desechada. Hasta ese instante, aunque desposada, la asamblea nunca se había unido en nupcias celestiales con el Cordero, dado que nunca antes tuvo lugar un suceso más importante que el juicio de Roma. No habían aniquilado aún a la bestia, pero lo harían en cuanto Dios diera vía libre al ángel destructor. La vieja corruptora y hostigadora fue desechada para siempre. El cielo está lleno de gozo. No hay celebración mayor de alegría que este episodio.

El resto del libro es simple y suficientemente claro, porque el misterio de Dios ha concluido. No concedo ninguna importancia a la distinción de los que son llamados a participar del gozo aquel día. Creo que significa, según la parábola de las bodas del hijo del rey, que los invitados comparten el gozo de este enlace celestial. Hay que indicar que Dios ha venido a establecer su reinado con poder.

La sede del poder del mal, que no se revelaba abiertamente, ha sido juzgada y destruida. Cualidades malignas como la corrupción y la violencia engañosa de Satanás, han existido desde que este comenzó su carrera. Mentiroso él, ha sido siempre un homicida. El misterio de iniquidad poseía estos dos rasgos, pero ocultaba el último tras los resortes que accionaba Satán. La bestia sigue caracterizándose por la corrupción y la mentira. Maneja violencia. Su destrucción desde luego aliviaría la tierra de la opresión, pero para el cielo y todo lo que tiene una mentalidad celestial, la extirpación de la corrupción que esclavizaba y envilecía el alma significa un motivo de alegría, la prueba de que el poder divino ha intervenido al fin. Se oyen en el cielo los cánticos «¡aleluya, porque el Señor Dios Omnipotente reina!»

Todo sirve para introducir en escena la legitimidad de Cristo, su poder manifiesto. Pero antes, la asamblea tiene que ocupar un sitio a su lado y que él se la presente a sí mismo. Las bodas del Cordero han llegado. Hasta no ser desechada la esposa malvada, no podía celebrarse. He aquí el carácter del gozo celestial y la redención a los que somos llevados. El hombre, aunque bueno en su origen, cedió a la tentación. La redención supone la existencia del mal, incluso la esclavitud a él, pero también la liberación y el ser puestos fuera de su alcance cuando Dios nos lleva de la mano con su gran poder. La asamblea se presenta a Cristo sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, lavada y emblanquecida. El apóstol, a la vista de toda esta bendición, se dispone a postrarse y adorar al ángel que le cuenta todo esto. Las escenas llenan su mente de devoción. Su objeto es el mensajero celestial, por lo que se inclina a sus pies; sin embargo, él se lo prohíbe. Como consiervo suyo, y compañero también de todos los que tenían el testimonio de Jesús, el espíritu de la profecía —nos dice— es el testimonio de Jesús. El testimonio de no adorar a seres intermediarios es la última advertencia que se hace a una asamblea en estado decadente, como a una de las primeras (cf. Col 2).

Llegamos al gran anuncio de la venida de Cristo con poder. El cielo, que se abrió sobre Jesús y Esteban, se abre esta vez para el Rey de reyes y Señor de señores. La fe le había conocido como el Santo y Verdadero, el Testigo fiel. Ahora no se le conoce como testigo, salvo que el juicio sea testimonio de su fidelidad y verdad. Los rasgos bajo los que reaparece son claros y tienen suma importancia. En primer lugar, viene para un juicio general, pero adoptando una forma beligerante. No para lo que podríamos denominar un periodo de sesiones de juicio, sino con poder victorioso. Estos otros juicios los veremos en el cap. 20. Su mirada perspicaz es la del juicio divino. Lleva en la cabeza varias diademas como indicación de su dominio universal. Aun siendo

revelado como Hombre, tiene una gloria personal que nadie puede escrutar⁵⁶, cuyo poder posee conscientemente pero no revela. Él es el Vengador, su ropa está teñida de sangre. Le caracterizan, vemos aquí, aquellas cosas con las que se manifiesta en el juicio. Es el Revelador de la Palabra de Dios; Su carácter eterno, lo que era antes de la creación, y ahora lo demuestra en el juicio.

Las huestes del cielo no tienen sus vestiduras manchadas de sangre. Son triunfantes y siguen a Cristo en su triunfo, revestidos de una perfecta pureza. Son sus escogidos, llamados y fieles. La venganza sobre Edom no es su cometido, aunque comparten su victoria sobre la bestia. Esta clase de venganza tiene un carácter más terrenal y está relacionada con Judá. Es el asirio de quien se trata, no de la bestia (cf Sal 83). La bestia y el falso profeta son destruidos cuando el Señor viene del cielo. Hiere a las naciones con su boca y las gobierna con vara de hierro; los santos comparten con él esta acción (2:26-27). También pisa el lagar⁵⁷. Esta es la parte más terrenal, como lo indica Is 63. El que está sentado en una nube hiende su hoz en la tierra, mientras un ángel echa las uvas en el lagar y las pisa⁵⁸, aunque no dice que lo hace el que está sobre la nube. El juicio de la bestia y del falso profeta es celestial, efectuado por la palabra de Dios. Al venir el Señor lo ejecuta; la vendimia es una cosa terrenal. Cristo es pública, oficial e intrínsecamente Rey de reyes y Señor de señores. La bestia y el falso profeta son lanzados vivos al lago de fuego en un juicio final; el resto están muertos judicialmente. No se dice que el juicio definitivo de los que han sido engañados tenga lugar en este momento. Satanás no ha sido aún arrojado al lago de fuego, sino al abismo, adonde la legión de demonios suplicó al Señor que no los enviara. Satán queda atado mil años y no seduce ya a las naciones.

Capítulo 20

Tras destruir el poder del mal, la autoridad judicial es confiada a los santos y ejercida en paz. El profeta ve que se ponen tronos, como en Dn 7. Aparte de las personas a quienes se ofrece el juicio en general, se mencionan dos clases especiales que aparecen tarde o que por lo visto han perdido su papel: los decapitados por el testimonio de Jesús después de la partida de la asamblea (no hay que olvidar que estamos considerando el periodo apocalíptico), y la segunda clase, que se compone de los que no han adorado a la bestia (caps. 6:9-11; 13:15). Al igual que los santos anteriormente fallecidos, tienen su parte con Cristo y reinan con él mil años. Pero el resto de los muertos que no son de él, no vuelven a vivir hasta finalizado este tiempo. Los primeros han escapado a la segunda muerte. Sufrieron la primera como paga natural del pecado y se mantuvieron fieles, por lo que no iban a tener parte en la segunda muerte en el juicio del fin del pecado. Por el contrario, tienen ahora una relación especial con Dios y Cristo, son sus reyes y sacerdotes y reinan a su lado. La bestia y el falso profeta están en el lago de fuego, sus ejércitos han sido barridos y Satanás es encadenado en el abismo, mientras los santos

⁵⁶ Así era en cuanto a su Persona y servicio. Nadie conocía al Hijo, sino el Padre. Este fue el secreto de su rechazo. Es lo que era necesariamente en el mundo. Pero el mundo influenciado por Satanás no quería nada con él. En su humillación, su gloria divina se mantenía en las profundidades insondables de su persona. En este pasaje él está revelado en gloria, pero siempre permanece como lo que nadie puede sondear: su propia Persona y naturaleza. El nombre con el que se revela es el Verbo de Dios. Le conocemos revelando a Dios en gracia, de modo que pudiera darse a conocer. Pero su Persona como Hijo permanece inescrutable. Su nombre está escrito, por lo que sabemos que es incognoscible, mas no desconocido, sino inescrutable. Él justifica el carácter y las demandas divinas respecto a los hombres, lo que ellos debían ser para Dios y lo que él era para ellos en su relación natural, reveladas con relación a su responsabilidad. El juicio se refiere a esto y a nosotros mismos.

⁵⁷ Esto también lo hace solo; no que los santos no le acompañen en su cortejo, sino que la ejecución del juicio es suya. Isaías dice que no había nadie de entre el pueblo que le ayudara. Se da el juicio a ellos mientras duren sus sesiones.

⁵⁸ La siega es un juicio discriminatorio: el trigo para el granero; el lagar, para la justa venganza.

resucitados gobiernan mil años como sacerdotes. Démonos cuenta de que no se ofrecen los detalles y lo que resulta de estos. El objetivo es dar lugar a los santos, sobre todo a los mártires que han padecido todo el tiempo que narra Apocalipsis. El resto paran dentro del cuadro general: hay personas sentadas en tronos, pero se menciona, de manera especial, a los fieles de la profecía.

Cuando concluyen los mil años, Satanás queda libre. Ejecuta sus actos sobre la tierra y no vuelve a aparecer más por el cielo. Las naciones sufren las pruebas por causa de su tentación. Ver a Cristo y gozar de los frutos de su gloria no proporciona paz si el corazón depende de estas señales. Tan pronto como son tentados, los hombres, numerosos como la arena del mar, caen en las garras de Satanás. Tras disfrutar de una época de bendición, en la que la infidelidad acarrea la rápida ruina —quizá la muerte— al no existir nada que los tentara, serán nuevamente desleales en el primer instante en que vuelvan a ser tentados. Este es el último juicio que experimentará la humanidad, porque no podría gozar de Dios con un corazón natural si su conciencia no hubiera sido examinada durante el tiempo en que tenían visible a un Cristo glorioso. La multitud engañada, no circunscrita a un tercio de la tierra ni a una jurisdicción profética concreta, abarca toda la anchura del territorio y sube contra el campamento de los santos para sitiar Jerusalén, la ciudad amada. Es notoria la ausencia cristiana entre sus habitantes. Al parecer, el Señor deja que sus enemigos los asedien y permite esta prueba de fidelidad personal que los limpia y separa del resto. Si él hubiera aparecido, por supuesto no habría podido forjarse esta hostilidad, ni el juicio riguroso de los corazones habría podido probar la fidelidad de los santos, que no siguen las seducciones de Satanás. Son acorralados por el enemigo, pero se mantienen fieles. Una vez lograda esta separación y concluida la prueba, cae el juicio divino sobre estas huestes y las destruye. El diablo es arrojado al lago de fuego, donde se encontraban la bestia y el falso profeta, y los tres reciben el tormento eterno.

Esto concluye la actividad airada y de destrucción del poder hostil de los enemigos que Dios tiene en el mundo. Ahora hace su introducción el poder judicial, investido de su propio derecho. Diremos por encima que estas actividades no las describe el contenido del libro. El poder hostil de la bestia fue destruido por el que juzga y hace la guerra, el que llevó a los santos a la gloria celestial. El fuego del cielo consume a las multitudes apóstatas al final del periodo de los mil años. El juicio de Mt 25 no sale aquí, a menos que esté mínimamente relacionado con el de este capítulo.

Ahora llega el juicio de los muertos, no la venida del Señor. Se erige un gran trono blanco y se celebra el juicio basado en la pureza de la naturaleza de Dios, en lo que nada tienen que ver la tierra ni el poder del mal, sino las almas, que son las implicadas. Los secretos del corazón de los hombres son juzgados por Aquel que los conoce. El cielo y la tierra, simples escenarios del juicio, desaparecen. Huyen de delante del rostro del que se sienta en el trono, y los muertos, grandes y pequeños, son traídos ante él. El juicio que se ejecuta es según sus obras, que estaban registradas en los libros. Otro elemento es tenido en cuenta: solo la gracia soberana salva según el propósito de Dios⁵⁹. Hay un libro de la vida. Quien no consta en él, es arrojado al lago de fuego. Es la escena final de separación que extermina a la raza humana. Aunque se juzga a cada cual según sus obras, la gracia ha salvado solo a unos pocos, y al que no se halla en su libro lo echan al lago de fuego. El mar entrega sus muertos. La muerte y el hades, que dejarán de existir para siempre por la acción del juicio divino, entrega los suyos. El cielo y la tierra pasarán, pero van a ser renovados, al revés de la muerte y el hades. Para estos solo existen la destrucción y el juicio. Considerados propiedad de Satanás, que tiene el poder de la muerte y es dueño de las puertas del infierno, son destruidos por medio del juicio y nunca más ejercerán su poder. Son dos elementos personificados, pero como es de suponer no reciben ningún tormento ni castigo, sino

⁵⁹ Este propósito y la responsabilidad del hombre nunca se mezclan. Como los dos árboles de Edén, se yuxtaponen. En la ley, la vida se pone en relación con la responsabilidad, pero esta viene primero, demostrándose así que el hombre no puede permanecer de pie ante Dios. La cuestión se resuelve en Cristo, que llevó nuestros pecados, murió por nosotros al pecado y es nuestra vida. En él, los consejos y la promesa de vida vienen en primer lugar, después la responsabilidad de la criatura en la tierra. Por último viene la gracia, que cumple sus justos consejos en la cruz.

que es el propio diablo quien los sufre cuando es arrojado al lago de fuego. Entonces la muerte no estaba aún destruida, ya que los malvados no habían resucitado todavía para ser juzgados. Ahora que lo han sido, el último enemigo sí es destruido. La fuerza que nos transmite esta imagen, no cabe duda, es que los muertos juzgados, todos cuantos el hades y el poder de la muerte contenían, fueron arrojados al lago de fuego. La muerte y el hades solo existían a causa del estado de estos muertos, pero encuentran su definitivo fin judicial por el hecho de que se van al lago de fuego. Los santos hacía tiempo que habían salido del hades, que, junto con la muerte, subsistía con motivo de los malos. Como consecuencia del juicio del trono blanco, son arrojados al lago de fuego, la muerte segunda. El libro de la vida marca el límite y la vía de escape.

Capítulo 21

Hay un cielo y tierra nuevos; el mar ya no existe, pues tampoco existe separación geográfica donde no esté implantado el orden divino. No vemos ningún estado intermedio. El Cordero no sale en la escena. Dios es todo en todos. No hay tristeza ni llanto, ni pueblo sobre la tierra que sea diferente a los demás. Todas las naciones son pueblo de Dios, y él extiende con ellas su tabernáculo, la ciudad santa, la Nueva Jerusalén. La asamblea mantiene su carácter de morada divina cuando llega el estado inmutable y todo se restaura. Al que tiene sed, Dios le refresca con la fuente del agua gratuita de la vida, y el vencedor hereda todas las cosas. El mundo para el cristiano es un gran *refidim* en este tiempo. He aquí la doble bendición final: el vencedor tiene a Dios por herencia y es hijo suyo. Los que han dudado en seguir este camino y no han vencido al mundo y Satanás, sino que prefirieron caminar en la iniquidad, tienen su parte en el lago de fuego. Finaliza la historia de los caminos divinos.

Viene a continuación la descripción de la ciudad celestial, como antes tuvimos la babilónica. Su carácter y conexión milenaria con la tierra sale a la luz. Uno de los siete ángeles que había tenido las copas de la ira de Dios viene, como hizo con Babilonia, a mostrarle al profeta la esposa del Cordero. El resultado del juicio en la tierra es la introducción de mejores y superiores bendiciones. Llevan al profeta, como Moisés, a un monte alto para que vea la escena de la promesa, a la Nueva Jerusalén que desciende del cielo. Este es su doble carácter, divino en origen y también celestial (cf 2Co 5:1). Podría ser de Dios y terrenal, o del cielo y angelical, pero no es lo uno ni lo otro, sino de origen divino y de naturaleza y carácter celestial. Está revestida de la gloria, como debe ser, por estar fundamentada en la obra cristiana. Representada por el jaspe cristalino, esta piedra preciosa simboliza la gloria divina (cap. 4:3). Su seguridad está garantizada por un muro grande y elevado con doce puertas. Los ángeles son los guardianes voluntarios de la santa ciudad, fruto en la gloria de la obra de redención cristiana. Esto indica también la posesión por parte del hombre, llevado a la gloria en la asamblea, del lugar más digno en la creación y en el orden providencial de Dios, del cual los ángeles habían sido previamente administradores. Las doce puertas representan la plenitud humana del poder administrativo gubernamental. La puerta era el lugar del juicio. Doce, como vemos a menudo, denota perfección y un gobierno fuerte. Denotan su carácter los nombres de las doce tribus; así las había gobernado Dios. Los patriarcas no forman su base, pero sí su poder fundacional. Los doce basamentos son los doce apóstoles del Cordero. Su obra ha puesto los cimientos de la ciudad celestial. Así, la exhibición del poder creacional y providencial, el poder gubernamental (Jehová) y la asamblea fundada en Jerusalén, convergen en la ciudad, sede organizada del poder del cielo. No se da a conocer como esposa del Cordero, aunque lo sea. Tampoco la vemos en su carácter paulino de bendición, como cuerpo, unida a Cristo, sino como asamblea que fundaron los doce apóstoles. Jerusalén es la sede organizada del poder celestial, la nueva capital del gobierno divino. Habían sufrido y servido al Cordero en la ciudad de la tierra, y con Su poder habían fundado la del cielo. Es una ciudad grande al tiempo que perfecta, y todo es medido y reconocido por Dios. No se trata ya de un remanente identificado, sino de toda una ciudad. En su seno no radica la perfección, no era posible, pero sí la posee como divinamente otorgada. Tiene forma

de cubo, de lados iguales, la perfección cabal. Su muro (esto son solo símbolos) es perfecto, de un tamaño de 12 × 12. El muro es la gloria que afianza la ciudad. Como dice la escritura sobre la Jerusalén terrenal: «ciudad fuerte tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuro».

La ciudad está formada, en cuanto a su naturaleza, por justicia y santidad divinas, de oro puro semejante al cristal. Lo que ahora se forja y aplica por la Palabra a los pobladores de la tierra, es la naturaleza de todo el lugar (cf Ef 4:24). Las piedras preciosas, la variada exhibición de la naturaleza divina, que es luz, en relación con la criatura —en la creación (Ez 28)—, y en gracia en el pectoral del sumo sacerdote, brillan con una gloria duradera y adornan los cimientos de la ciudad. Las puertas reflejan la belleza moral que hacía las delicias de Cristo en la asamblea. El suelo por donde pisan los hombres no está cubierto de corrupción, sino que está recubierto de una pátina de justicia y santidad. Las calles por donde caminan son de oro puro como el cristal.

La gloria divina no está velada por lo que acostumbraba atemorizar a la gente; ha desaparecido el templo que cobijaba al hombre y le permitía acercarse al Dios oculto tras el velo. El Señor Todopoderoso y el Cordero son ahora el templo de la ciudad celestial, donde todos pueden acercarse a él, en Su propia naturaleza y gloria, y rodeados solo de esta.

Tampoco hay necesidad de la luz creada; la gloria de la naturaleza divina los ilumina a todos, y el Cordero es su lumbrera. Fijaos que aquí no tenemos al Padre como figura del templo, sino a Dios revelado según el gobierno de las distintas dispensaciones. El Cordero es quien ha manifestado su gloria para la ciudad.

La visión continúa mostrando la conexión de la ciudad con sus habitantes y la tierra, una incoherencia al parecer, pues se considera que la ciudad es el reino de la esposa. Cuando se habla de sus habitantes, se constata la bendición de los individuos. Las naciones salvas de los juicios de la tierra caminan en su luz, y es lo que ocurre también con el mundo de hoy: en cierta medida, anda en la luz de la asamblea, del cristianismo verdadero de quienes un día van a ser arrebatados de toda lengua, religión y nación. La ciudad goza directamente de la luz celestial, y el mundo recibe la luz de la gloria que le transmite. A ella traen los reyes de la tierra honor y gloria. Reconocen los cielos y el reino celestial como fuente de todo bien, y llevan hasta allí la honra de su poder. No hay más noche, las puertas están siempre abiertas, no existe la necesidad de defenderse contra el mal, si bien la seguridad de que goza no deja que se introduzca. Los mismos reyes acuden a darle el tributo voluntario de la gloria y honor de las naciones. El cielo es considerado origen de toda la gloria y dignidad del mundo, por eso son verdaderas. Nada tóxico entra en ella, ni lo que representan los ídolos ni la mentira. El mal del hombre y el engaño de Satanás no pueden penetrar ni causarle corrupción. Cuando nace un designio y se establece como bueno, el corazón precavido sabe que el mal entrará tarde o temprano y que las artimañas de Satanás lo corromperán. Allí, en cambio, sabemos que eso no será posible. No solo estará ausente el mal, sino que le será imposible entrar. En la ciudad y entre los que la habitan, hay los que tienen su manantial en la gracia perfecta y poseen sus bienaventurados afectos en relación con el Cordero. Solo aquellos cuyos nombres están en Su libro de la vida tienen un sitio en la ciudad.

Capítulo 22

Aunque la ciudad santa no está en la tierra, su influencia se ve por doquier. El río de Dios pasa por ella, y el árbol de la vida, cuyos frutos maduros sirven de alimento a sus habitantes, trae curación a las naciones. Los santos glorificados son los únicos que comen del fruto como resultado de un crecimiento constante, pero lo que se manifiesta y se exhibe, como las hojas, es de bendición para quienes viven en la tierra. Vemos, pues, que la gracia es la característica de la asamblea en la gloria. La nación o reino que no sirva a la Jerusalén terrenal, cuyo carácter natural conserva, perecerá por completo. Las hojas de las que se nutren son sanadoras. La asamblea conserva también su identidad. El trono de Dios y el Cordero están en la ciudad y son fuente de

bendición, no de maldición; sus siervos le sirven. Aquí y ahora, a menudo no pueden hacerlo como querrían. Gozan plenamente del privilegio de su presencia constante, ven su rostro, y su pertenencia a él es evidente a todo el mundo. No hay noche ni necesidad de luz, porque el Señor ya la da; y en cuanto a su estado, reinan, no mil años, como sobre la tierra, sino eternamente.

Así termina la descripción de la ciudad celestial y el conjunto de la revelación profética. Lo que sigue a continuación son advertencias, la expresión ulterior de los pensamientos de Cristo sobre la asamblea y sus tratos con ella.

El ángel declara la verdad sobre estas cosas y dice que el Señor Dios de los profetas —no el Padre del Señor Jesucristo, ni el que enseña a la asamblea a habitar en ella por el Espíritu— ha enviado a su ángel para informar a sus siervos acerca de estos sucesos. «He aquí (dice Cristo, dando a la revelación tintes de su testimonio personal) vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro». La asamblea no se considera un tema de la profecía, sino «las cosas que son»; el tiempo no cuenta para ella, sobre todo el futuro. Quienes guardan la profecía son aquellos que menciona el libro, y se les avisa de que Cristo viene en breve. Nadie duda de que podemos sacar provecho de la profecía, pero no estamos dentro de las escenas proféticas que Juan está refiriendo. Impresionado por la dignidad del mensajero que le muestra las cosas, cae a sus pies y quiere adorarlo. Pero los santos de la asamblea, aun cuando sean como los viejos profetas, no deben volver a la incertidumbre de los tiempos antiguos. El ángel es simplemente un ángel, consiervo suyo y de sus hermanos los profetas; Juan debía adorar a Dios. Las palabras de la profecía no pueden sellarse, a diferencia de Daniel; el tiempo está a punto de cumplirse. Cuando la profecía haya sellado su testimonio, los hombres permanecerán en el mismo estado en que se encontraban a la sazón, sea para juicio o bendición. Cristo viene pronto a recompensar a los hombres sus obras. El versículo 7 es una advertencia, en forma de bendición, para quienes en circunstancias similares guardan los dichos del libro, y el versículo 12 anuncia la venida de Cristo a juzgar a los vivos.

Finalmente, habiendo Cristo tomado personalmente la palabra en el v 12, se anuncia como el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Supongo que debemos hacer una lectura correcta de «bienaventurados los que lavan sus ropas, para poder tener acceso al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad». Los redimidos, purificados, pueden entrar y comer del fruto del árbol de la vida, ya que aquí se trata del fruto. Fuera quedan los impuros y los violentos, los que aman las mentiras satánicas y la idolatría, la fornicación, el pecado contra Dios y el prójimo, y quienes siguen a Satán.

Finaliza el resumen. El Señor Jesús se revela en su Persona, hablando a Juan y a los santos, y declara quién es y el carácter en que aparece en su revelación: «Yo soy la raíz y la descendencia de David» —el origen y heredero de las promesas temporales a Israel, pero mucho más, la estrella resplandeciente de la mañana—. Eso es lo que era antes de manifestarse bajo estos dos aspectos, de los cuales solo el primero guarda relación con Israel, por lo que nace de la simiente de David según la carne. Pero el Señor posee esencialmente otro carácter. Aún no se ha levantado como el Sol de justicia sobre una tierra que yace en tinieblas, pero para la fe alborea el día, y la asamblea, en mitad de la noche que cubre este mundo, le ve como la Estrella de la mañana mientras vela y le aguarda. Le conoce en Su radiante carácter celestial, cuyo resplandor no logra despertar a un mundo dormido, pero es deleite y gozo de los que están velando. Cuando se levante como el Sol de justicia, no será conocido como le conocemos ahora. Por brillante que sea el día, la tierra no le conocerá en su carácter celestial. Mientras que Cristo reviste estos rasgos, el Espíritu mora en la asamblea, y esta mantiene su propia relación con él.

Así, el Espíritu y la novia dicen «Ven». No es la advertencia de un juez o un remunerador, sino la revelación de sí mismo, que despierta el deseo de la esposa en la situación en que le ha puesto la gracia. Tampoco es un mero sentimiento o deseo. El Espíritu que habita en la asamblea motiva su pensamiento y lo conduce. Pero el Espíritu, y con él el corazón de quienes gozan de la relación, se vuelve también hacia los demás: «el que oye, diga: ven». El que oye la voz del Espíritu en la asamblea se suma a la proclama, diciendo «ven». Es una esperanza común, y debería ser nuestro común deseo adueñarnos del significado de lo que sobrevendrá a la tierra y del

sentimiento de ruina de las cosas que son, para despertar en el corazón de todos con este grito. Pero mientras sigan aquí los santos, poseen otro tesoro. No solo suben sus deseos a Dios y al Esposo, sino que reflejan el conocido carácter de Su naturaleza y espíritu manifestados en el amor de Cristo y en la posesión de Sus aguas vivas. Se dirige a los que le rodean, y los invita diciéndoles: «quien tenga sed, venga, y quien quiera tome del agua de la vida gratuitamente». Así, la posición que ocupa el santo celestial, consciente de su lugar en la asamblea, sale en este versículo, desde su deseo por la venida de Cristo hasta la llamada a los que deseen acudir.

La integridad del libro está preservada por una advertencia solemne del peligro que entraña perder la parte en el árbol de la vida⁶⁰ y en la ciudad santa. Cristo anima el corazón del santo con la garantía de que iba a venir más que pronto, y el corazón del verdadero creyente responde con sincero y ferviente deseo: «Sí, ven, Señor Jesús». El libro cierra con el saludo de gracia, dejando la promesa y el deseo como las últimas palabras de Jesús en el corazón.

Se hace al individuo consciente de su bendición en virtud de la obra que Cristo ha realizado por él, y después se expresa la bendición de manera colectiva, como la posición de la asamblea, distinguiendo claramente a los santos del evangelio de aquellos cuyas circunstancias se les comunica en la profecía de este libro: «al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para su Dios y Padre». Tan pronto como se nombra a Cristo, despierta en la conciencia de los santos Su amor y la relación que tienen con él. Han sido lavados de los pecados en Su sangre y tienen su estado asegurado antes del comienzo de los eventos profetizados; en el reino futuro van a disfrutar de su bendición al lado de Cristo asociados con él. Aquí abajo poseen su lugar en un reino y sacerdocio, un título individual, a resultas de Su primera venida. Son amados, lavados en la sangre y vinculados al reino cristiano.

Al final del libro, Cristo se revela como la Estrella de la mañana, lugar que no se corresponde en absoluto con el tiempo de la profecía, sino con el de la asamblea, que ha estado esperando el reino y el momento de poder asociarse con él (cf la promesa a los vencedores en Tiatira). Esto pone el amor en actividad. No solo somos amados, ni se trata únicamente de lo que este amor nos ha hecho ser, sino que aquí el amor se dirige en primer lugar a Cristo, en la conocida relación en que se encuentra con él la asamblea, luego a los santos que tienen oídos, a los sedientos, y finalmente al mundo entero. El deseo de la esposa en la que mora el Espíritu es para la segunda venida de Cristo por ella —la posesión de la Estrella de la mañana—, y entonces el Espíritu se dirige a los santos, invitándolos a que se sumen a este deseo y digan: ven, Señor Jesús. En el tiempo actual tenemos al Espíritu, no al Esposo, por eso si alguien tiene sed se le invita a venir y beber, proclamando a todos el evangelio: quien quiera, tome del agua de la vida gratuitamente. Es el amor que obra en los santos y habla de parte de Cristo a los pecadores.148

⁶⁰ La lectura correcta es «árbol», no «libro» de la vida. El libro de la vida no es la vida, ni nuestra inscripción en él significa nada *prima facie*, a menos que estuviéramos registrados antes de la fundación del mundo. Sea como fuere, no significa lo mismo que la posesión de vida.